Carlos Ruiz-Taglc

LA EDAD DEL PAVO

EDITORIAL UNIVERSITARIA

Tódas as cartas de amor sao
Ridiculas.
Nao senam cartas de amor nao Jossem
Ridiculas.
Também escrevi em meu lempo cartas de amor. Como
as outras.
Ridiculas.
Ai *cartas de amor, se há amor,*
Tém de ser Ridiculas...

FtKNANDO PESSOA

La Guérnica es la mejor librería de Valparaíso. Suelo visitarla en esos días nublados de veraneo cuando no vale la pena ir a la playa. Su dueño, don Narciso, no sólo tiene muchos libros: los recomienda con tal pasión que uno se los lleva.

Para llegar a Guérnica Libros, debo subir por una calle empinada donde se halla una imprenta y una carnicería de equino. Me sorprende siempre, en Valparaíso, la existencia de tanta carnicería de caballo, ¿será el plato preferido de los porteños?

El librero, don Narciso, con un apellido vasco que no puedo memorizar, viste un traje de diablo fuerte negro:él lo llama *de pana.* Es enjuto como suelen serlo,así dice él, los españoles cuando envejecen. Le gusta recomendar buenos libros, sabe relacionarlos unos con otros, me habla de la vida de los autores y acaba por entusiasmarme.

En el local de Guérnica Libros, por una de cuyas ventanas repletas de clásicos castellanos se ve el mar, también se huele el polvo de los libros viejos y la tinta de los nuevos: los de la Colección Litoral que edita el mismo don Narciso.

El español llegó hace mucho tiempo, en el Winni- peg, con otros refugiados. Y quizá por qué motivo los republicanos, como este don Narciso, se relacionaron casi todos con negocios de libros, imprentas y editoriales.

— ¿Quién es el de la foto? —le pregunto señalándole a un personaje de cara poco expresiva, que se halla en el lugar de honor de la librería.

— Ese es Machado, el Bueno.

Yo lo contemplo mientras don Narciso me busca algo de ese mismo Machado en los anaqueles. Pero entonces sucede una cosa extraordinaria. Entre los libros menos limpios descubro uno que me interesa de veras. Es un volumen grueso. Le doy unos golpes, le paso mi pañuelo sobre la tapa donde se dejan ver unos dibujos de damas de alto peinado, de caballeros gordos. Hay, por ejemplo, esbozada, una mujer chinchosa junto a Víctor Hugo y un viejito sonriente siempre. Descubro que es Voltaire.

— ¿Cuánto vale éste? —le pregunto a don Narciso, mostrándole el libro.

Levanta la vista, se acerca y toma mi libro como si lo estuviera pesando. Entonces, de un golpe que yo llamaría maestro, desempolva por completo el volumen de *Los titanes del epistolario amoroso*

— ¡Con que ésas tenemos! —me dice— Ahora, el señor don Moncho, desea arrebatar corazones femeninos.

Tiene una manera muy peculiar de abrir los libros. En sus manos, un poquito temblorosas, dejan de ser cajas de sorpresa. Busca en las primeras páginas y frunce los ojos para ver mejor unos datos editoriales.

No está mal. La letra, muy chica, no más —observa.

Entonces yo le pregunto quién es la mujer melenuda de la portada.

— Es Catalina de Rusia o George Sand, no sé. Las dos se las traían y ambas deben aparecer adentro.

— Me tinca el libro.

— O sea que vas a llevarte los Titanes. ¿Cómo se llama la mujer que te gusta, Moncho? Porque el libro es de cartas de amor, no es otra cosa.

Hojeo una revista en cuya portada hay un señor apellidado Azaña, pero sin *ache.*

— Se llama Jacqueline, don Narciso. Y le he mandadootras cartas. Pero las del Epistolario supongo que harán más efecto.

Sonríe con una pequeña tristeza.

— A mí también me gustó una Jacqueline cuando tenía más o menos tu edad, la edad del pavo... Pero no sirven las Jacquelines. La tuya es la edad más feliz de la vida, ¡cómo quisiera volver a ella! La edad en que, por primera vez, uno tiene conciencia de su cuerpo.

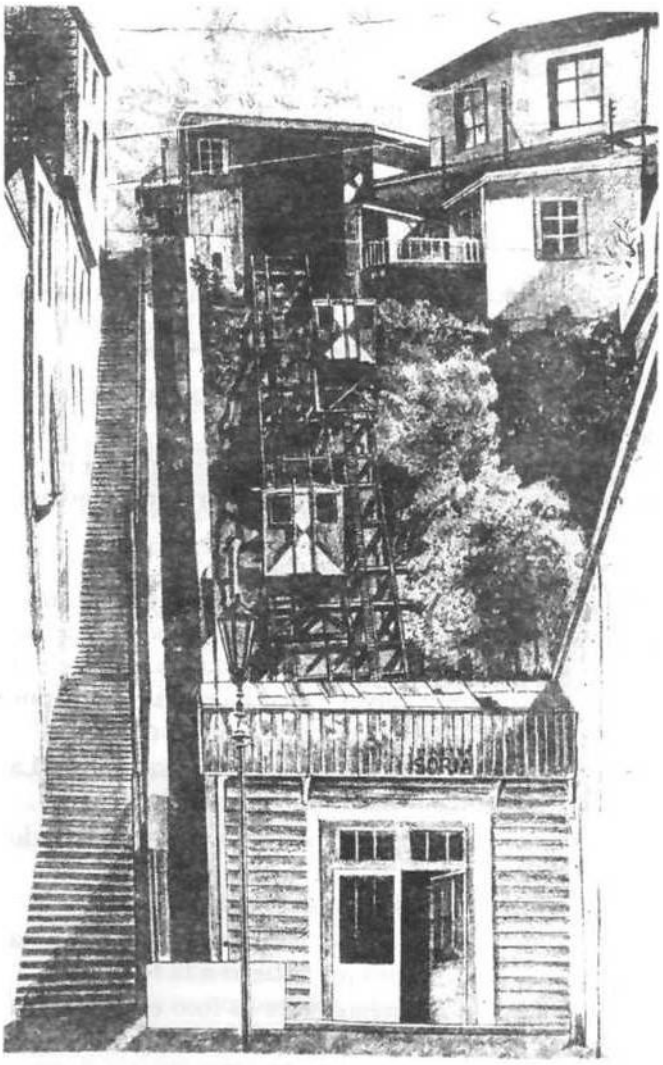
— No sé, palabra. Casi siempre lo paso mal. ¿La edad más feliz, dice usted, don Narciso?

— La tuya es la edad del beso. ¿La has besado alguna vez?

— Sólo he besado su fotografía.

— Comprenderás, hijo —el acento suyo resulta irónico ahoi a—, que no me refiero a la fotografía.

— He besado muchas veces su foto en la Revista Mariana Número 4. Es la publicación del *Samt Marga- ret,* el colegio de ella.


ISOLA

— Yo me casé con Jacqueline en Granada. Todas **las noches** había fusilamientos. Y una noche tomaron a **Federico y** lo fusilaron también. El amor, en la guerra, **cobra** una fuerza que tú no puedes imaginar. Muchos **creen que** el amor se desvanece o se posterga ante la **muerte.** Pero no es así. Con Jacqueline dormíamos **apretados y** afuera los gritos horripilantes y las ráfa**gas, el amor** se alumbra con incendios.

Lo oigo sin chistar. Pero advierto que ha llegado un hombrecillo, y que la presencia de éste incomoda al librero.

— Hablábamos de la guerra —dice y carraspea—. Éramos Jacqueline y yo, y la noche a gritos con su epílogo de fusileros. Pero ella después huyó con otro y murió en Oslo.

— Jacqueline. Me gusta decir ese nombre —con**fieso.**

— A mí no. Pero tengo ese cliente, hijo. Llévate *Los titanes del epistolario amoroso.*

— **¿Cuánto** vale?

— Arreglamos después.

Y **sin más,** se dirige al hombrecillo que escarba todo **y desordena.**

Cuando alguien le disgusta, como ahora, don Nar**ciso carraspea** más seguido. Una carraspera es una **coma. Dos,** un punto y coma. Cuando tose: punto **aparte.**

De la librería me desvío un poco hacia un callejón donde reina un gato rubio contra el fondo gris del **mar.** Si bien hay carnicerías de equino, no existen las

de gatunos en Valparaíso. Después, por otro callejón, veo a un burrero que me antecede en la bajada, sentado en la parte posterior del sucio animal.

— ¡Oiga! —le grito— ¡Oiga!

Él hace detenerse a la burra.

— ¿Quiere leche, patrón?

— Bueno, depende...

— ¿Cuánta leche quiere?

— No sé. ¿Unos cincuenta pesos?

— ¿Tiene en qué llevarla? —pregunta bajándose del animal.

— No. Es decir, quizá otro día traeré botella.

— Vamos al plano, mejor, patrón. Porque la Victoriana se entrega mejor en el plano. Yo le doy un tarrito y usted me lo devuelve.

Y así bajamos hasta llegar al Palacio de Justicia. Frente a sus impresionantes columnas, el hombre comienza a tirar las tetas oscuras. Los chorritos de leche apenas suenan en el fondo de ese tarro. Pasa el tiempo: es lento ordeñar una burra.

Y después el hombre me pregunta:

— ¿Le relleno el tarro, patrón?

— No. Tome. Aquí tiene los cincuenta pesos. Con *Los titanes del epistolario amoroso* en una mano y ese tarro algo amohosado en la otra, paso frente a la Intendencia de Valparaíso. Su gris es el gris mayor de la sobriedad y del barco de guerra recién pintado. ¿Existirá edificio más imponente?

J unto a la Estación del Puerto, compro el diario La Estrella para envolver el tarro y su contenido que, en combinación con una cosa que venden en la botica, me librará de esa verdadera constelación de espinillas. Soy

demasiado teo, pienso que Jacqueline jamás me hará caso.

El tren no es cómodo. Durante el viaje a Viña puedo apreciar, a través del ventanal, pequeñas playas de arena clara que no se ven desde camino alguno.

Allí, en una pequeña playa, la más hermosa y la más limpia del rápido trayecto, hay un buque oxidado. Y está la carcasa tumbada, dramáticamente, sobre la arena amarilla.

Esas playas que se ven desde el trencito, y de las cuales nadie habla nunca, las siento como si fueran pertenencias mías y nada más que mías.

Jacqueline:

> ***Al leer*** Los titanes, ***me he acordado de ti, ¿dónde vives para enviarte una carta de Napoleón a su novia? ¿O de Goethe a su novia? ¿O de Bolívar?***
> ***Jacqueline, te quiero. Jamás te enviaré una carta de*** Vi- ***llon, el trovador, ¡qué hombre tan indecente!***
> ***Las de Paul Claudel me gustan y en especial una frase suya: dice que la juventud no es la edad del placer, sino del heroísmo.***
> ***Estoy dispuesto a morir por ti.***
> ***¡Digo que estoy dispuesto a mortr por ti! Si, a morir del lodo por ti.***
>
> *MONCHO*

Si yo puedo veranear en Viña, es porque me invitan la tía Raque'lina y mi primo Laurencio.

El día que ella descubre en mi cuarto la leche de

burra para combatir las espinillas, la derrama por el desagüe del patio interior.

— No quiero porquerías en mi casa —dice—. ¡Puaj! La leche de burra es lo más fétido que se ha inventado.

De nada valen mis protestas. Muy buena será la tía pero, a veces, se pone demasiado intransigente.

Me pregunta si he sido yo el que me he duchado recién o mi prima, la Tomate, o mi primo Laurencio. Hay que bañarse más corto, ordena: de otra manera se gasta en diez días todo el balón de gas.

Ella no está en su mejor momento. Respecto a la leche de burra, vuelve a la carga. Asegura que las burras no pueden tener hijos, lo cual no era ni es la voluntad de Dios.

Su razonamiento me sorprende. Le digo que parece estar equivocada y que son, creo, las muías las que no tienen hijos.

Afirma que no puede concebir algo tan inmoral. Dios ordenó, recuerda la tía: creced y multiplicaos.

Hay una breve discusión sobre muías y burras. Pero vuelve la calma cuando le digo que el asunto debemos averiguarlo bien.

Afortunadamente aparece la Tomate, ia prima que vive con nosotros. Acaba de llegar de Santiago, pero se puso colorada sin ir a la playa. Se quemó asoleándose en una destartalada silla de lona en el patio interior.

En la ducha es cuando más conciencia tengo de mi cuerpo.

El agua jabonosa corre por mi pecho y baja por el vientre hasta las ingles. Supongo que seré igual a los demás hombres y tendré las mismas ingles.

Ahora bien, si yo resultara con distintos atributos que los otros, no sabría cómo reaccionar. ¿Qué ganaría, en tal caso, con solicitar ayuda a un psiquiatra?

Yo he llegado hace poco a la casa de tía Raquelina, en Viña del Mar. Me han dicho que en está ciudad hay un psicoanalista o psiquiatra, de apellido Graub. En la primera consulta, le hace firmar al paciente una declaración jurada de que no se suicidará durante su tratamiento. Da mala espina.

Entretanto, el agua de la ducha se calienta más. Y experimento una deliciosa sensación en todo el cuerpo.

Después me arrebujo en la toalla de la tía Raquelina, y me siento como un pollo recién nacido protegido por su frisuda madre amarilla. Hasta que un escalofrío me recorre el espinazo y me recuerda que sólo soy un adolescente mediando de tonto y desgraciadísimo.

Alguien ha abierto la puerta: debe ser mi primo Laurencio.

He notado que Laurencio nunca habla de su padre, e! tío Anfión. Al parecer se dedicaba a cosas de negocio en el puerto. Se acercaba subrepticiamente a los paseantes, en el muelle, y abría un pequeño maletín que yo alcancé a conocer. La verdad es que el tío Anfión estuvo ausente de todas las maneras que puede hallar

se un hombre ausente, distante de Laurencio y de la tía Raquelina que una vez contó con una pequeña fortuna.

Mi primo asegura que oyó una conversación entre la Tomate y una de sus amigas, la María José. A mi prima la tenía profundamente desesperada el gran tamaño de sus senos: decía que eran mucho más grandes que los de sus compañeras. Hallábase aterrada porque podían crecer más todavía. Verdaderos melones, los encontraba ella. Y esto la avergonzaba hasta tal punto que, para ocultarlos, andaba siempre con chaleco.

Víctor Hugo a Adela Foucher:

¡Oh. Adela! Cuando pienso que hubiera podido ocurrir que tú no me amases, me estremezco como ante un abismo sin fondo. ¡Ay! ¿Qué hubiera sido de mí, Dios mío, si la mirada de ese ángel no se hubiese dignado descender hasta mi persona ?

Es indudable que mi vida habría sido un sarcasmo amargo del cielo, porque, ¿no es verdad, alma mía, que hubiera sido terrible injusticia condenarme a buscar con candor y pureza el alma destinada a mi alma, y no permitirme encontrarla?

Nada he hecho para no merecerte; pero, ¿es que he hecho algo para merecerle? ¡Ay! ¡Nada! Nada más que amarte con el más ardiente, el más casto, el más virginal de los amores, ofrecerle hasta la muerte y aun después de la muerte todo mi ser, toda mi existencia mortal e inmortal. ¿Qué es todo esto comparado con la dicha de poseerte?



Adiós. Te veré esta tarde. Te abraza tu mando, devorado por la impaciencia de serlo de veras.

(Los TITANES DEL EPISTOLARIO AMOROSO).

El mar se ve soberbio, incluso a través de ese vidrio sucio de la ventanilla del bus. En el camino a Concón, al pasar por el Puente Los Piqueros, mi primo Laurencio me dice:

— Ahí se cayó un auto, era enorme. Los sobrevivientes intentaban en vano abrir las puertas. Desde el camino la gente miraba. ¡Un horror: nadie podia hacer absolutamente nada!

En la playa de Concón hay grupos muy diferenciados.

El de las señoras con canastas y pollos cocidos y sus maridos de suspensores. El de las gordas inmensas con recatados trajes de baño negro.

Hay otro grupo. Lo forman aquellos que hace unos diez años, según Laurencio, fueron expulsados de Zapaiiar con este grito de guerra:

— ¡Los hijos de Salomón, que se vayan a Concón!

Los hijos de Salomón han acaparado una superficie respetable de la Playa Amarilla, y ahí conviene siempre bañarse. Las olas son mansas y no existen hoyos grandes donde uno, que sabe nadar pero no mucho, pudiera desaparecer.

En la arena húmeda, los papás modelos enseñan a sus criaturas a hacer castillos y fortalezas.

Caminamos con Laurencio y llegamos cerca de un grupo de niñas que hemos visto varias veces en la

Avenida Perú. Nos tendemos sobre la arena seca y nos vamos adoimilando.

Ellas son lindas, tienen aproximadamente.nuestra edad. Algunas usan tangas. La más delgada le echa crema, por la espalda, a una rubia de lentes como espejos. Si yo me animara a mirarme en esos anteojos desde fuera, ¿cómo me vería? Únicamente en un espejo, el del living de la casa de tía Raquelina, me veo un poco más pasable. No tan narigón. Menos espinilludo. Los otros espejos me devuelven una imagen horrenda.

— ¡Chiquillos! —nos llama una trigueña— ¿Tienen fósforos?

Laurencio se ha traído, sin querer, los fósforos del califonl. Así es que entre los dos se los llevamos.

— Hola —dice la trigueña—, ¿ustedes fuman?

— Sí—mentimos.

Ella mira a Laurencio. Se incorpora a medias, se arrodilla mientras las otras permanecen decididas a tostarse al so! como si el tiempo y el mundo y en especial nosotros no existiéramos.

— Hay viento —dice la muchacha y continúa arrodillada.

Me mira. Entonces me parece que hace un inventario general, bastante desfavorable, de mi persona.

En seguida le ordena a Laurencio:

— Pon tu mano como pantalla contra el viento, así — y ahora se la toma con una de las suyas.

Mi primo obedece sin vacilar.

El primer fósforo se apaga, pero el segundo, de tanto aspirar ella el cigarrillo, va encendiéndose muy lentamente desde el borde hacia el centro.

— Hemos triunfado—dice y ríe arriscandola nariz en un gesto muy gracioso—. ¿Ustedes no fuman?

Ahora se ajusta la tanga, apenas un poquito, y lo hace con la punta del dedo índice.

— Yo fumo mucho —se adelanta a responder Laurencio.

Advierto que otra niña del grupo aparece mojada, feliz. Vuelve de las olas del mar y lo hace triunfalmente. Su piel brilla aún con el agua.

— Está rico para bañarse. Mejor que ayer, todavía.

Y lo dice como para sacarnos pica.

— Yo te daré fuego con mi pucho —afirma la trigueña—. ¿Cómo te llamas?

— Laurencio.

— Tenía un amigo de ese mismo nombre, pero se ahogó.

— ¿Se ahogó aquí? —pregunta él. un poco extrañado.

— No, en Reñaca.

— Yo vivo en Viña todo el año y no he sabido nada —dice Laurencio dejando caer sobre la frente su mechón rubio, cuidadosamente descuidado.

— Hay mucha gente que se ahoga en Reñaca. Pero no sale en los diarios por la campaña destinada a promover la venta de propiedades, eso es lo que pasa.

Y así son los negocios, dice mi mamá.

Con el puntito rojo del cigarrillo, ella enciende el de Laurencio.

— Ahora, chupa. Con mi cuerpo te haré pantalla contra el viento.

De esa manera, la agilísima muchacha crea una fugaz intimidad con mi primo.

Laurencio tose, pero ella asegura que se va a acostumbrar a fumar en la playa.

— No es raro que tosas —dice mostrando la cajetilla—. No son de los más suaves. ¿Tú fumas rubios?

Advierto entonces que las otras niñas permanecen arremolinadas en torno a una radio.

— Tendámonos un rato. Así no se te apagará el cigarrilo. Yo me llamo Tamara.

Las cabezas de mi primo y de Tamara han quedado muy próximas. Quisiera irme, mejor, siento que sobro.

,— Nunca, nunca en mi vida había conocido a una. Tamara —dice Laurencio, tratando de echar más hacia adelante su mechón de pelo seductor.

Aparece en la Biblia. Todo un caso, la Tamara. Sabes, me gusta conversar contigo. Eres distinto. Soy judía: yo también soy distinta.

Me voy apartando de ellos de a poco, repto por la arena caliente. Soy un verme que se moviliza para liberarse. Y a cierta distancia de Tamara y de las otras muchachas, me levanto, me marcho y me dirijo al paradero de buses.

En esta pequeña casa del Pasaje Viana, cercana a la línea del tren, veraneamos en familia con tía Raqueli- na. Pero el concepto de familia para mí, es amplio. La verdad es que todo se basa en la estimación, en el amor, en el cariño.

A veces, me quedo afuera y vuelvo a casa, como a las once. La única luz encendida que se ve, es la de la

ventana de la cocina: ahí está la tía Raquelina junto al lavaplatos.

Y de solo verla en su faena de la loza y de los cubiertos, me siento tranquilo, casi feliz. Ella está ahí, las sombras y esa luz única de la ventana del lavaplatos. Todo se halla en su lugar. Así es como quisiera que fueran las cosas siempre, al volver a casa.

A esa mujer alta que lleva la marca de tío Anfión, quien pasó por su vida como una racha, yo la quiero mucho.

— Yo no tanto —dice Laurencio—. Lo que me importa es pasarlo bien. Es mi madre, pero yo...

Todo los domingos vamos por la mañana a la parroquia de Viña.

En ese recinto sagrado, algunas familias compraron un poco de posteridad al hacer inscribir sus apellidos en los vitrales. Hay un hermoso silencio después de la misa, y rezamos.

Tía Raquelina es muy devota de San Cristóbal, aunque el párroco le ha dicho que lo sacaron del santoral porque no era más que santo de leyenda.

— ¡Cómo iba a ser leyenda, señor, por Dios!

Yo me hinco y hundo la cara entre las manos.

Entonces palpo íntegra mi dotación de espinillas, que ha aumentado con los remedios caseros. La leche de burra ha resultado una maldición. Por eso espero las bendiciones de Dios Todopoderoso, en su parroquia de Viña del Mar.

Siempre ha sido un problema para mí el encabeza

miento de una carta, ahora mismo advierto que no es lo mismo decir:

Querida Jacqueline o *Jacqueline querida.* Contrariando la norma que me enseñaron en el colegio, aquí el orden de los factores altera el producto.

Jacqueline querida: .

Hoy, en Concón, yo no te traicioné. Si alguien me vio con esas muchachas de tanga, te aseguro que no pasó nada. M is sentimientos por ti no han cambiado un ápice, Jacque- , line, te lo juro.

El problema, para qué decir una cosa por otra, se halla en los sentimientos tuyos hacia mí. Hablé al respecto con don Narciso, el de Guémica Libros, ¿lo has conocido por una casualidad? También se enamoró, se casó y todo, en la Guerra Civil Española, con una Jacqueline.

Ahora, figúrate lo que es la vida: él la recuerda con pena. ¿Será que el amor es penoso, Jacqueline?

Don Narciso me habló de los filósofos desencantados del amor. Son unos señores que no sienten ni han sentido nunca nada, pero dicen frases famosas relacionadas con el amor. ¿Será que el amor es triste, Jacqueline?

Otros filósofos dicen silogismos y tienen alumnos que, a su vez, dicen silogismos más chicos.

Me topo, en la escasa arena que va quedando en Co- choa, con Laurencio y Tamara. Ella parece no reconocerme. Se ve más rubia, debe ser efecto del sol.



Hace calor y el agua, en este lugar, llega plácidamente a la orilla. Es una lata venir solo a la playa; pero mi prima, la Tomate, no ha querido acompañarme. (Ha dicho que tiene otro compromiso. ¿Qué compromiso puede tener ella, la ridicula?).

— Métete por ahí, detrás de las rocas y te pones el traje de baño —me dice Laurencio—. Las casetas para desvertirse se las llevó el mar. La ropa puedes dejarla encargada al viejo cuidador de autos.

Una vez superados los problemas de la ropa, camino hasta la orilla en traje de baño.

De pronto advierto que hay una muchacha espléndida, pero más alta que yo. Me parece que es Jacqueli- ne, gestaré equivocado?

¿Cómo podía calcular yo, en esa foto de la Revista Mariana Número 4, la verdadera estatura de mi querida niña, a la que nunca he visto sino en foto?

Superando la nerviosidad que me embarga, le pregunto:

— Dígame, señorita: ¿es usted Jacqueline?

La muchacha me observa. Con sus ojos fruncidos, pareciera llevar a cabo un verdadero inventario de mis espinillas.

—No, no soy Jacqueline.

Es muy cortante.

— Perdón, no es... Pero, de todas maneras, ¿podríamos conversar?

— Yo voy a nadar —dice ahora, algo más amable—. Me gusta hacerlo temprano, cuando aún no ha llegado toda la gente. ¿Vamos al agua?

Me recorre un escalofrío que ella nota perfectamente.

— Usted tiene piel de gallina —me dice, con mirada despectiva.

Sospecho, angustiado, que para ella, no soy más que una gallina.

Me seduce su belleza olímpica, sus ojos pequeños, dos lucecitas de perversa inteligencia.

— ¿Cómo que no? ¿Quiere decirme que su piel es siempre así? Debiera consultar a un dermatólogo. ¿Cómo se llama usted?

— Moncho.

— Yo —dice ella mirando el mar— nado *crawl.*

Y sin saber cómo nos lanzamos al agua heladísima. Apenas dejo de topar fondo advierto, conforme al libro de *Cómo aprender a nadar en diez* ***lecciones***, muy recomendado por don Narciso, que me estoy ahogando.

— ¡Señorita! —le grito.

Pero ella se ha internado en el mar sin que yo me alcance a dar bien cuenta cómo.

— ¿Qué le pasa? —me pregunta un niño pelirrojo al cual le bastan unas pocas brazadas para llegar hasta mi lado.

— No sé. Yo aprendí a nadar por libro —y trago un poco más de agua.

Quisiera decirle otra cosa, pero no puedo continuar: el mar me llena la boca.

— ¡Voy a avisarle a mi hermana! —grita el niño pelirrojo.

Un caballero de edad, al parecer alemán, me instruye ahora.

— *Señog,* oiga una ***conseja.*** Ahí está topando abajo

tugdavia. Haga la *contraria* de lo que está haciendo. Con la ola alta suba, no baje. Sálvese, *señog,* no sea *porf iado.*

Trato de seguir dichas instrucciones de buena voluntad. Sobre todas las cosas quiero gritar: ¡Me estoy ahogando! Pero trago más agua y pierdo el conocimiento...

Cuando vuelvo en mí, disfruto de un beso dilatado, algo fantástico. Es la muchacha olímpica estilo *crawl* que, acompasadamente, me está haciendo respiración boca a boca.

— ¡Más, más! —alcanzo a musitar, antes de que ella, rodeada por una multitud de curiosos, me dé dos bofetadas para que reaccione de una vez por todas.

Ahora no soy más que un pingajo abandonado en una playa que, por desgracia, no se halla desierta.

El hermano chico de la nadadora, el pelirrojo, permanece a mi lado, con toda la insidia en su cara burlona.

Y lo peor es que no dice nada. Me mira, no más...

Bonaparte a Josefina:

Verona, 17 de septiembre de 1796.

Te escribo, mi buena amiga, muy frecuentemente, y tú poca. Eres mala y fea, muy fea, tanto corno voluble.

Es una perfidia engañara un pobre mando, a un rendido amante. ¿Debe él perder su derecho por estar lejos, cargado de trabajos, de fatigas y de pena ? Sin Josefina, sin la seguiiclad de su amor, ¿qué le resta en el mundo? ¿Qué hará?

Tuxnmos ayer una acáón muy sangrienta; el enemigo tuvo

más bajas y fue completamente batido.

Tomamos el arrabal de Mantua.

Adiós, adorable Josefina; una de estas noches las puertas se abrirán con estrépito; como un loco me arrojaré en tus brazos. Mil amorosos besos.

N.

Milán, 28 de noviembre de 1796.

Llegué a Milán y me precipité en tu habitación; lo dejé todo por verte, por estrecharte en mis brazos... Tú no estabas... Tú recorres las ciudades en fiestas; te alejas de mí cuando llego; haces poco caso de tu querido Napoleón.

Le amaste por un capricho y por inconstancia te es indiferente.

Habituado a los peligros, yo sé el remedio para los enojos y males de la vida; la desgracia que experimento es incalculable; tenía derecho a no contar con esto.

Yo estaré aquí hasta el 9, durante todo el día. No te molesta, diviértete; la felicidad se hizo para ti. El mundo entero es muy dichoso si logra agradarte; sólo tu marido es bien desgraciado.

N.

Tolentino, 19 de febrero de 1797.

La paz con Roma acaba de ser firmada, y Bohemia, Ferrara y la Romana se ceden a la República. El Papa, dentro de poco, nos dará 30 millones y objetos de arte. Partiré mañana por la mañana para Ancona, y de allí para Rímini, Rávena y Bolonia. Si tu salud te lo permite, ven a Rímini o a Rávena; pero cuídate, te lo encarezco. Ni una palabra tuya; Dios mío, ¿qué hice, pues? *No*

pensar más t¡ue en ti, no amar más que a Josefina, no vivir más que para mi mujer, no gozar más que de la felicidad de mi amiga; todo esto ¿ merece por su parle trato tan riguroso i[1] 4 miga mía, yo te suplico que pienses a menudo en mí y ***me escribas todos los días. Tú estás enferma o no me amas. Crees, pues, que mi corazón es de mármol. Y mis penas, ¿te interesan un poro?***

Tú me conoces muy mal. Yo no puedo creerlo, de ti, a quien la Naturaleza donó ingenio, dulzura y belleza; tú, que sólo podías remar en mi corazón; tú, que sabes demasiado, sin duda, el imperio absoluto que ejerces sobre mí.

N.

I

Los I'I I ANKS...

Una tarde hacemos una caminata con Laurencio, desde Las Salinas hasta la Roca del Pirata.

Avanzamos por unos senderos lindísimos, con do- cas. N unca el mar es más mar que en esa orilla. Y azota estruendosamente. Entonces rellenamos con ese olor salino nuestros pulmones. ¡Cómo nos gustaría llevarlo a la casa, tenerlo todavía por la noche, dormirnos yodados de salmuera!

Es peligroso seguir caminando entre las rocas porque usamos siempre los mismos zapatos del colegio.

— Así vamos a terminar resbalándonos —advierte mi primo, y se sienta encima de una roca enorme.

Nos quedamos un rato en silencio. Escuchamos el ruido del agua violenta. Nunca habíamos tenido, como ahora, conciencia del mar vivo, peligroso y devastador.

Este animal poseído por la furia, explota en las rocas, implacablemente.

— Yo no sabía que el mar era un monstruo —me dice Laurencio.

La verdad es que antes de venir a la Roca del Pirata, teníamos el concepto de un mar amaestrado, un mar doméstico para uso restringido.

Habría sido un magnífico lugar para hacerse confidencias, para hablar de Tamara y quizás también de las cartas a Jacqueline, si no hubiéramos estado bajo el dominio de aquel ogro. El mar atronaba bajo nuestros pies, y me impedía oír lo que me decía mi primo Laurencio.

Cuando le aseguro a don Narciso que la Iglesia chilena es distinta a la española, dice que no le consta. Ha sufrido mucho este hombre y no pienso discutir con él ni herirlo de manera alguna.

Pero un día, conduciendo su auto, don Narciso ve en una esquina a un obispo chileno.

— Un obispo haciendo dedo, francamente, me pareció algo insólito. ¡Qué hombre tan sencillo! Y todavía más: quiere venir a mi librería...

Don Narciso repite a menudo que nosotros, los chilenos, somos una raza blandengue. Me sorprende lo que dice. ¡Me parece tan arbitrario! Pero la arbitrariedad la lleva en la sangre. Es difícil, en todo caso, discutir con un español sin chocar con sus prejuicios.

— Lee esto —me dice sacando una novela cuya portada está algo sebosa—. Albert Camus es el mejor novelista que yo conozco. ¡Llévatelo!

-El título de la obra no es muy levantador de ánimo: se llama ***La peste.*** No le compro nada más, esa tarde, a don Narciso. Y salgo con el libro bajo el brazo.

Aquella es la primera vez que paso toda la noche leyendo. La verdad es que me resulta imposible dejar esa novela donde el autor se juega entero, hasta las últimas consecuencias.

Al otro día, a las diez de la mañana, la tía Raquelina irrumpe en mi cuarto.

— ¿Qué te pasa? ¿Por qué no te has levantado?

Al divisar el título del libro, que yo trato de esconder entre las sábanas sin lograrlo del todo, me advierte que no es su tipo de novela preferida. Mi tía es lo suficientemente romántica como para haberse leído varias veces *Golondrina de invierno.*

— ¿Sabes que Jorge Isaacs, el autor de ***María,*** fue Cónsul de Colombia en Chile? Mi abuela Genoveva lo conoció. Y con su linda letra, Isaacs le escribió algo en el álbum familiar. Ahora el romanticismo ha pasado de moda, pero yo guardo ese álbum con versos muy sentidos y fotos de la juventud.

Sorprendido, le pregunto quién más ha escrito en el álbum.

Los versos más sentidos son de Alejandro Flores. Y hay unas palabras cariñosas y cálidas de la María Luisa Bombal. En el álbum existe, desde quizá cuándo, una página sobre el encanto de las chilenas, de Hugo Wast, el autor de *La corbata celeste.* Solía venir desde la Argentina, en el mes de febrero.

— ¿Me puedo quedar en cama leyendo, tía? Esta novela me tiene agarrado. Ahora pienso, en serio, que para lo único que sirvo es para leer.

— Yo voy a salir —me dice—, y es mejor que alguien se quede aquí. Anda mucha gente rara. El otro día, anestesiaron con un pañuelo grande a una amiga que vive en el Cerro Castillo. Y le robaron todo, hasta los catres.

En la soledad de la casa termino, antes de almuerzo, la lectura de *La peste.* ¿Quién era ese Camus? Nítido, nítido y tan puro, además.

Dionisio, Tremors a Felipe de Luzy:

¡Felipe, mi Felipe, no puedo más! Ya no puedo verle ni oírle ni codearle. Siento escalofríos, y la sangre se agolpa al corazón hasta desmayarme cuando usted me mira. Vivo una vida ficticia de amor, que me destroza y enloquece. Usted es el sueño de mis días y noches; este sueño misterioso y real me asusta. Ya ni sé si es a usted a quien amo, o si busco en usted el ideal de un amor.

Felipe a Dionisia:

Olvide usted ese sueño, Dionisio., y renacerá la calma. El tumulto que la tiene presa aniquila su fuerza de alnui; pero tengo la íntima persuasión de que reaparecerá la virilidad de su carácter cuando tenga la prudencia de no contar los latidos de su corazón. La emoción profunda que me causan sus llamadas, la sublime y tierna cobardía de su grande amor, me dan la fuerza de hablarle de esta manera.

Querida, querida, déjeme habitar su corazón, eso me basta.

Dionisia a Felipe:

En lugar ile hablarme de retórica, diga usted que me ha amado cuando yo no le amaba; que le amo a usted cuando usted ya no me ama; esta es la razón de sus razones.

LOS TITANES...

Asisto, con una entrada regalada, a una función de Petrushka en el Municipal de Viña. Por un golpe de suerte, me corresponde un asiento de palco, segunda fila. De ahí observo con unos prismáticos alemanes que trajo a la casa el tío Anfión, a los espectadores de platea baja.'

A mi lado, en el palco, se halla don Daniel Sol, quien me invita a pasarme a un asiento de primera fila. Hay un espacio libre en el lugar reservado para los críticos musicales. La música de Stravinsky me suspende en el aire, ¡qué libertad formidable la suya!

'— Además, un compositor religioso genial —dice don Daniel—. ;Ha oído la Sinfonía de los Salmos? Su espíritu era originalísimo y de enorme libertad.

No me atrevo a decirle que, hasta Petrushka, el ballet clásico me cargaba con toda su obligada simetría y los maricas mariposeando en la punta de los pies.

Pero esto es diferente.

Lina maravilla de colorido, además. Me conmueve la presencia de un oso que a ratos parece verdadero.

— Si usted es crítico musical, ;por qué no está allá abajo, en platea, don Daniel?

— Es que aquí se oye mejor. Problema de acústica.

En el intermedio, cuando encienden las lumina-

ritiS, el crítico sale por un ratito. Y yo miro hacia abajo, a ¡a platea, con mis anacrónicos prismáticos de concha de perla. De súbito descubro muy acompañada a mi prima, la Tomate, que se ve regia con un perturbador vestido negro de terciopelo.

Como si ella adivinara que la miro, se levanta para que la vea del todo.

La acompaña un joven de bigote.

La Tomate tiene una sonrisa educada en las monjas, pura, candorosa. Le adivino su felicidad a distancia. ¡Pero qué linda puede verse una mujer, incluso una prima, si es algo de contarlo y no creerlo! Porque antes yo la veía siempre despeinada, con el vestido floreado que era de su madre, la señora que no veraneaba por su alergia. O la contemplaba dentro del delantal enorme de tía Raquelina.

Pasado el intermedio, mi prima vuelve a la butaca de platea, junto a su compañero. Esto es el colmo: ahora la Tomate se refresca con un abanico. Sí, mis prismáticos no engañan: es un abanico. Pienso que tal vez, de un lote de abanicos viejos guardados desde tiempos inmemoriales por tía Raquelina, la Tomate ha hecho uno solo.

Ingeniosa la prima. Y elegante, de negro, la tonta *tincuda.*

Laurencio ha vivido largos días tendido junto a su Tamara, en la arena caliente de Concón. No le ha contado gran cosa de es<- romance a tía Raquelina, pero por sus llegadas a casa de amanecida, ella debe sospechar algo.

Mi primo, que ahora se ve más bronceado, me asegura que ya nadie escribe cartas de amor. Por si fuera poco, la ortografía lo delata a uno y podría ser que yo quedara en ridículo. Quedar en ridículo, para Laurencio, es lo peor de todo: *problema de imagen.*

Y por si fuera poco agrega, además, que las mujeres les muestran las cartas de amor a sus amigas, las cartas trofeos. Y todas se ríen de los sentimientos de uno y le ponen un sobrenombre que lo mortificará para toda la vida....

Sin embargo, Jacqueline D'Ors, yo pienso que debes ser ' mucho más linda que en la foto de esa Revista Mariana N" 4, ***donde ya eres harto linda.***

Anoche hubo una luna lindísima. Y yo pensaba lo bueno que es hallarse enamorado de una mujer covio tú. Amo tu apellido, Jacquetine D'Ors. Está relacionado, imagino, con un antiguo Estado europeo. Aquellos principados con fantásticos castillos que he visto en estampillas de colección, magnates, casinos, y estrellas de cine no tan atractivas como tú.

Jacqueline: por estos días, sin saber■ cómo, he empezado a hablarte con el alma. Todo, todo el día te digo cosas. ¿Qué no me oyes con el alma tuya?

La fotografía me ha parecido siempre un misterio. En la Plaza Vergara yo suelo quedarme hablando largamente con el viejo fotógrafo. Y cuando don Zárate me explica el revelado, por ejemplo, lo oigo con verdadera devoción.



El viejo me dice que aún en este día todo nebuloso, él me puede hacer una buena fotografía. Yo me echo el mechón de conquistador sobre la frente para salir algo mejorado que sea. Sonrío pavamente. ¡Zas!: estamos listos.

Por la noche, le muestro la foto a la tía Raquelina, a ver qué dice. Me gusta, eso sí, una cosa en esa foto oscura: no se alcanzan a distinguir las espinillas.

La tía enciende una de esas lamparitas cubiertas con pantallas dé seda semirrosada, como las cortinas, como un vestido antiguo que guarda en un cofre de palo santo. Y se queda mirando la foto.

— Te pareces a tu papá —observa—. Pero eres muy •pavuncio.

La pena es que yo tengo una idea tan vaga de mis padres, muertos tempranamente en un accidente.

Antes de acostarme miro, miro mi foto realizada por don Zárate y me pregunto si en este mundo alguien, ojalá que sea Jacqueline, tiene piedad de los pavos.

Mi primo Laurencio se ha vinculado con todo el grupo de Tamara. Incluso con el gringo Joe, el ídolo de las muchachas. Éste posee una musculatura de levantador de pesas y una tez bronceada en Acapulco. Además un yate: el *Nicky III.*

Laurencio me dice:

— Le pregunté a Joe si podía llevar a un amigo. Moncho, ¿has navegado alguna vez en yate? Tamara no se atreve, le aterra la idea.

— ¿Y si se da vuelta?

— Ya vas a verlo. El *Nicky III* no es el tipo de yate que se dé vuelta.

Se trata de una embarcación hermosísima, muy bien proporcionada. A todos los mirones del muelle les llama la atención. Es tan frágil, tan aérea casi.

Vamos a zarpar, a las 9, desde el Club de Yates de Concón.

Pareciera que al gringo le gusta mucho maniobrar el timón. Le pedimos que navegue junto a las playas: deseamos mirarlas desde el mar.

— *I love Chile* —dice Joe y se suena estruendosamente con la mano. Entretanto, el viento hace que nos vayamos separando, poco a poco, de la costa.

El viento ayuda.

Quizá por ser rubio, mi primo Laurencio se siente un poco gringo, aunque no sabe una palabra de inglés.

No tengo nada de miedo, y por eso estoy más contento que al partir. Me encanta navegar, disfruto de una sensación de nítida placidez y de limpieza en todo lo que me rodea.

Y las casas de Concón resplandecen en su alucinante y renovada blancura.

El paisaje, ahora, se halla formado, especialmente, por los cerros de Concón.

— ¿Te has acercado alguna vez a la Roca del Pirata? —le pregunto al gringo que, como es bastante mayor, exige que todos lo tuteen para sentirse más joven.

— Podemos hacerlo —y da un golpe de timón.

Se ven varios lobos de mar en una roca. Uno se tira al agua precipitadamente, da bote con la panza y después chapotea. Le gusta jugar.

— Son inofensivos —observa el gringo—. Salvo con los pescadores. A ellos les rompen las redes, por eso los matan. No es fácil matar a un lobo grande, pero a los chicos se les puede reventar a palos.

Hay verdaderas familias de lobos marinos. Me desconciertan. Asocio lo marino con lo hermoso, y estas masas de carne y piel me parecen horrendas, absolutamente desproporcionadas.

— Esa es la Roca del Pirata —señala el gringo.

No reconozco los sitios donde estuvimos con Laurencio. Sólo que las olas revientan, estruendosas: es el mar que lidia por rajar la tierra tal como partió en dos a una roca alta, la más negra.

Ahí está Reñaca y una casa blanca, sobresaliente.

— Esa es la casa de Tamara —dice Laurencio.

Mar afuera, el viento aumenta y me arde en toda la cara. El viento nos da a cada uno, alas.

¿Será Jacqueline D'Ors? ¿Será ella la que camina con unos anteojos de esos de espejo junto a una amiga, por el Portal de la Plaza Vergara?

El taconeo de Jacqueline produce resonancias en mi sangre.

Ya no puedo aguantar más, la intercepto y le digo a ella:

— Yo soy Moncho, es decir el de las cartas. ¿Perdón, pero las ha recibido, supongo?

Jacqueline se muestra fastidiada y, al parecer, me mira a través de esos grandes lentes de sol con espejo por fuera. Ellos me permiten, cosa curiosa, ver por un

segundo la imagen, pero ahora deformada, de mi cara.

— Yo soy Moncho, sabe, el que le ha enviado todas esas cartas. Yo soy Moncho.

Ella se ha detenido un momento, parece más fastidiada todavía, e impaciente. Me enfrenta y dice:

— ***Who are you?***

Me corto. No hallo qué decirle, estaba casi preparado para el encuentro, más no para que reaccionara en inglés.

Busco palabras. Mi inglés, en verdad, es rudimentario. Transpiro helado. Miro a su escultural amiga de pelo negro y ojos de gato. Hasta ese momento, palabra, ella apenas había existido. ¡Qué hermosas son ambas!

— *Let's go* —dice la amiga y agrega algo que no logro captar bien, salvo la palabra *stupul.*

— *Okay* —y esa Jacqueline de los espejos desvía un poco la dirección que llevaba por el Portal hacia Arle- gui, y atraviesa, con la otra, hacia la Plaza.

No sé, parece que les hago una reverencia. En todo caso no las puedo dejar de seguir hacia la Plaza Verga- ra y, después, hacia el estero.

El corazón aún no se aquieta, logro advertir que pienso con dificultad.

Además, en ese momento, ¿de qué sirve pensar, de qué?

Siempre había sospechado de que podían ocurrir- me cosas estúpidas, pero no tanto.

.M'erther a Kestner (marido de Cariota):

¿Queréis prestarme vuestras pistolas para un viaje que haré en breve? Adiós.

LOS UTANKS...

Camino lentamente por la playa y entonces procuro olvidar el atípico traje de baño que llevo, confeccionado por tía Raquelina. Reñaca se ha transformado en mi playa preferida. Me gusta avanzar por donde los pies no me arden demasiado con la arena. Tendida sobre una amplia toalla verde, hay una pareja. El pelo de él y el pelo de ella se confunden. Parecieran estar diciéndose un secreto.

Al continuar hacia el Sur, descubro a dos esculturales hermanas rubias en mallas negras. Sin afán provocativo y quizás por eso mismo más atractivas aún, juegan con sus raquetas y una pelota de goma verde. El corazón me obliga a deternerme. Simulo, hago como si quisiera comprar pan de huevo. Cuando rechazo al vendedor, éste me mira con cara de pocos amigos.

Parecen mellizas. Ágiles, broncíneas, de ojos muy claros, ¡qué par de mujeres!

Y de súbito, una de ellas hace un gesto y ambas tiran las raquetas y la pelotita verde, que caen en cualquier parte. Corren y se zambullen para aprovechar el calor reunido en el cuerpo, desaparecen en una ola grande toda fuerza, espuma y regocijo.

— ¿Qué más hago aquí? —me digo entonces.

¿Qué más, si ellas se confunden en aquellas olas



catedralicias? Apenas consigo atisbar sus cabezas altas, empinadas, que aparecen y desaparecen.

Sigo la caminata hacia el lado del estero. Ando distraído y poco me falta para tropezar con mi profesor de filosofía, el Padre Enrique.

— ¡Pero Moncho! —protesta— ¿No quieres reconocerme en la playa?

El sol pega más fuerte. Me quedo sentado a su lado, deseoso de aprovechar su toldo de lona alba. Pienso que el Padre está ahí para olvidarse de sus alumnos, en especial de los porros en filosofía, como yo. Para olvidarse del colegio y de Santiago, como presumiblemente lo hacen todos los que se hallan de vacaciones.

Pero a Santiago, con su aire tóxico que no deja ver el sol, ¿quién puede olvidarlo en la Viña del Mar?

— Estaba mirando el Pacífico —me dice medio sentado el Padre Enrique—. Haz la prueba, trata de llegar con la vista hasta el fondo de la línea del mar.

— ¿Cómo quiere que haga eso?

— Mira: yo te voy a decir. Cuando uno alcanza el primer horizonte, hay otro, y así. Nada más grande que el Pacífico. Visto desde aquí, desde esta arena donde acompañas a un cura viejo, no hay extensión mayor.

La f etidez del estero Reñaca, a medida que aumenta el calor, resulta apenas soportable.

— ¿Te has fijado, Moncho, que nadie mira el mar desde esta playa?

— Lo mira —replico— más que en otras playas. Figúrese en Cochoa, Padre. Cada cual está pendiente de que el vecino no invada su territorio de arena húmeda.

Yo sé que el sacerdote padece de una enfermedad dolorosa. Allá en el colegio, todos observábamos que, a la llegada del dolor, como que él lo mascaba, lo trituraba, sin quejarse, con los dientes, deseoso de comérselo y digerirlo. ¡Le hacía pelea a su enfermedad!

— ¿Cómo ha seguido usted? —me animo a preguntarle.

— Así, así. Tengo siempre los dolores de costumbre, y no termino nunca, de nuevo, de ofrecérselos a Dios. Pero miremos el mar. Entre tú y yo hemos inventado, aquí en Reñaca, la *oceanoterapia.*

— Y usted, ¿dice misa, Padre, asi tan enfermo como está?

— A las 8 de la mañana en la iglesia de Reñaca. ¿Qué haría yo si no dijera misa, Moncho?

— ¡Tan temprano. Padre, por Dios!

— Es la mejor hora. Y la iglesia se llena.

— Madrugaré un día para ir a su misa —le digo, pero sospecho que no voy a cumplirle para nada.

Al fondo del pasaje donde vivimos, hay un pianista ciego. Es un hombre alto, de sonrisa leve, un artista que ama a Beethoven. Los vecinos aseguran que ha memorizado las 32 Sonatas del músico alemán.

A don Danilo lo invitaron una vez a dar un concierto en el teatro de la Secretaría Ministerial, pero lo único que le importó a los 300 niños asistentes, fue su ceguera.

Me dijo que en esa oportunidad, tocó tres Sonatas. Entre ellas una de las más difíciles, la *Hammerklavier.* Y

después, cuando los niños lo entrevistaron, algunas de sus inocentes preguntas fueron:

— ¿Alcanza a ver bien el piano, señor?

— ¿Además de ciego, querría ser sordo?

— ¿Sus hijos también van a ser todos ciegos?

A él no le gustaban los pianos ajenos, pianos como el de la Secretaría Ministerial. Siempre, en cualquier concierto, añoraba el suyo.

— En el mío, y perdonen lo obvio, me hallo como en mi casa.

A Laurencio, la tía Raquelina lo había llevado, de niño, a clase donde el pianista ciego. Pero don Danilo no t^nía mucha paciencia con los niños, menos con Laurencio. Y se deshizo del alumno.

No hay nadie más interesante, en el Pasaje Viana, que don Danilo Sandoval. Hasta hace unos años veía un poquito, y aprovechó para memorizar las Sonatas de Beethoven.

— Tengo que pasarme ensayándolas.

Por eso, en el Pasaje Viana, hay música siempre.

Al verme algo deprimido, tía Raquelina se acerca una mañana a don Danilo.

— Este joven es mi sobrino Moncho. ¿No quisiera hacerle unas clases a él, usted que sabe tanto?

— ¿Es primo... del otro?

— Sí, don Danilo.

— ¿Hacerle clase? Ni pensarlo, señora mía. Podríamos perder la amistad.

Y cuando la tía le insiste, o al menos le pide que sea más explícito, el pianista añade:

— Es que los niños de ahora no son como los de antes. Si no se les da nada...

Bajo los grandes plátanos orientales de la Avenida Libertad, y de sopetón, me encuentro con Antonio, de guayabera. Yo no sé bien dónde lo vi primero, quizá en la playa, como que lo he ido conociendo de a poco.

Una vecina a quien él corteja o algo por el estilo, le ha dicho que tiene manera de caminar de marica.

— No sé, pero desde entonces, me empeño en andar como los demás. Sin embargo, descubro sonrisi- tas por todos lados. Dime la verdad, Moncho, ¿cómo camino?

— Demasiado rápido. Pero si te preocupas, será peor. Olvídalo.

— Mi vecina es preciosa. Le he estado leyendo las Rimas de Bécquer y ambos nos emocionamos. Pero ahora dudo de eso, también. Menos mal que a ti te puedo contar todo. Lo haré siempre, te lo prometo, Moncho.

— ¿Le gustan las rimas a ella?

— Traté, al comienzo, de leerle los *Veinte poemas de amor*, de Neruda. Pero los hallaba largos.

Caminamos despacio por la Avenida Libertad, junto a unos edificios nuevos que en nada hacen perder su solemnidad clásica a los demás. Ese equilibrio entre lo antiguo y lo reciente se logra plenamente en los mejores barrios de la ciudad. Y pienso que la armonía se debe, entre otros motivos, a la enorme fronda de los árboles y a las enredaderas. E incluso, a ciertos arbustos.

Antonio me mira de lo más preocupado.

— ¿Ando como marica o no?

Ya es la segunda vez que lo pregunta: mejor no responderle.

Frente a un edificio de la Avenida Libertad, descubrimos una pequeña librería con una llamativa puerta azul entreabierta.

Cosa rara. Los libros están solos, nadie atiende en el interior.

— Aloooó —grito, como si conociera a alguien ahí.

Aparece una muchacha hermosa, ligeramente provocativa, y me mira dándose todo y nada.

— ¿Tiene *El libro de Cristóbal Colón*?

Es un título recomendado por el Padre Enrique, algo de teatro de Paul Claudel.

Ella piensa un rato, revisa rápidamente unas estanterías y dice:

— De Cristóbal Colón no tenemos nada. Si quiere llevar *Sinuhé el egipcio.* Es un *best seller.*

Ya nos disponemos a emprender la retirada, cuando la muchacha nos invita a darle un vistazo a unos volúmenes recién llegados.

¡Qué insinuantes son las mujeres de las portadas! ¿Existirán en la narración misma o serán producto de la imaginación de un dibujante medio pornográfico?

— ¿No tienen libros chilenos? —pregunta Antonio.

— No. Las editoriales de afuera nos dan todo a consignación. Las chilenas, no.

— Bueno, ¿y dónde se venden libros chilenos, entonces?

— No sé —me dice ella—, hace poco que estoy aquí. ¿Has leído *Belle de jour*? Viene en español, en todo caso...

Lo ubica rápidamente en las estanterías y me lo pasa. Estoy seguro de no haberlo leído.

— Es como la película. ¡Yo la vi dos veces!

Y mientras hojeo el libro, oigo que Antonio le pregunta si tiene algo sobre gente, bueno, sobre gente medio rara...

— ¿Gente *gay?* —reacciona ella, sin perder la naturalidad.

En ese estante, no tiene nada. Ahora busca en el que se halla junto a la ventana.

Como un autómata, mi amigo se va al lugar indicado. A todo esto la muchacha y yo quedamos a corta distancia, pareciera que debiéramos decirnos algo.

— El dueño de aquí es *gay,* también —le informa—. Ha sido para mí una suerte trabajar con él. Vieras tú lo verdes que eran los patrones que tuve antes. ¡Si mejor es no acordarse!

Yo, sencillamente, callo. La muchacha parece muy simpática. Antonio no tarda en elegir un libro de Peyrefitte. Me despido con un beso de la joven vendedora, que me da una tarjetita muy sofisticada, *beige* con ribete color violeta. Ahí va el nombre y la dirección de la librería.

Felipe de Luzy a Dionisio. Tremors:

Salpica usted de exquisitez nuestras relaciones, señora; en cada uno de sus puntos de interrogación he posado mis labios ávidos de un poco de usted.

Sofía de Houdetot a J.J. Rousseau:

Deseo con impaciencia, mi querido ciudadano, saber nuevas de vos. ■

Ninón de Léñelos al Marqués de Villarceaux:

Desde que estáis en París, hace un mes, no estox satisfecha de i'o.s.

El marqués de Villarceaux a Ninón de Léñelos: ***"Amadme, pero respetad mi sistema".*** t

Isabel de Mancebo a Simón Bolívar:

¡Qué satisfacción podrá haber más grande que la de sentirse poseída de estos sentimientos y podérselos decir sin ningún reparo al que ha sido, es y será eternamente el encanto del mundo como un ser que ha podido reunir en sí mismo tantas, tan grandes y tan admirables cualidades! Dígame usted. Bolívar: ¿permaneceré mucho tiempo en este país sin haberlo visto? Una sola letra de usted calmaría mu inquietudes, porque ya se dice que viene, ya que no viene y esta alternativa es terrible a mi corazón.

La señorita de La Valliere a Luis XIV:

Os confieso que me siento un poco vanidosa cuando conozco que estoy en situación de poder hacer favores al rey más grande del mundo.

Pero queréis, mi ilustre príncipe, que yo me persuada de que todo lo que proviene de mí os es grato, y que preferís una señal de mi cariño y de mi amistad a todos los tesoros de vuestro reino.

Pensad al vestiros que no es necesario hacerlo con magnificencia para gustarme.

Luis XIV a la señorita de La Valtiere:

Si, linda mía: estáis en situación de hacerme favores...

La señorita de La Valtiere a Luis XIV:

¡Dios mío, qué enfadoso es amar a un principe tan hechicero como vos!

Luis XIV a la señorita de La Valliere:

Sí, linda mía.

Los TITANES...

— Me voy a declarar a Tamara —anuncia Laurencio—. Le voy a decir: *te quiero.* Eso es lo que le voy a decir.

— ¿Te quiero, nada más?

— Sí, porque *te amo* es medio siútico, ¿no te parece? *Te amo,* es lo que se dice en los libros. Pero salvo tú y algunos más, nadie lee hoy en día. Menos *Los titanes del epistolario amoroso.* Figúrate.

Como otros amores de vacaciones, creo que el de Laurencio va a ser un pololeo de verano, un entusiasmo pasajero. No por eso menos envidiable.

— Pienso —le digo— que debes mandarle una carta, primero. Las mujeres son muy sensibles, muy románticas según dicen los filósofos. Y para llegar al corazón de una muchacha, nada mejor que una carta.

— No creo. ¿Para qué, si nos vemos todos los días?

Esta es la playa de la tía Raquelina. Bajamos desde el camino, ella lo hace a regañadientes. Todo porque, a distancia, ya ha visto a una gorda pechugona a la que un señor de barbita gris encrema la espalda.

— ¡Qué gentuza!

Los intrusos, que han armado una carpa roja, parece que no han venido más que a provocar a la tía.

-r- No sé de dónde ha llegado esta *chamuchina* — observa ella más y más disgustada.

Yo abro el quitasol arcaico, descolorido, llamado desde siempre "el quitasol de tío Anfión". Me empeño en clavar el fierro que lo sostendrá a duras penas.

— Las Raquelinas —me dice mi tía, poniéndose bajo la sombra del quitasol— somos todas de tez muy delicada.

En esa playa el mar es muy suave y hay unos pajaritos blancos que funcionan, como a cuerda, accionados por el ir y venir de las olas. ¿Cómo se llaman? Le pregunto a la tía si son hijos de las gaviotas, porque siempre andan con ellas...

— No, Moncho. Pertenecen a una especie que viene de Alaska. La tía se disgusta con los intrusos que le están profanando su playa. Y la toalla plateada que cubre a la gorda desde la cintura hasta el cuello, le disgusta particularmente.

Ahora el barbeta le trae, a su amada, una bata de color plateado. La gorda se la pone con morosa voluptuosidad: el movimiento que hace es como si más bien se estuviera desvistiendo, y no vistiendo.

— Hay un poco de viento—observa la tía Raquelina, y busca en su gran cartera de mamá, unos lentes negros para el sol.

A mis padres les parecía extraño que yo, desde chico, quisiera tanto a esa tía. Pero es que ella me quiso primero, supongo. Ahora tía Raquelina es la memoria de un pasado al cual apenas alcanzo a distinguir. Si quiero saber algo más de mis padres, de mis abuelos, de mis tíos abuelos, ahí está la tía para dar noticias de ellos.

Allá, no muy lejos, la gorda abre los brazos como si quisiera aspirarse todo el aire de la playa de la tía. Su compañero la mira arrobado.

De repente ella se saca la bata y deja caer la toalla plateada. Lo hace de manera teatral.

Tía Raquelina no puede dejar de reírse.

La gorda de malla rosa corre hacia el agua dando saltitos. Cuando se moja con la ola, irrumpe en gritos de cierta coquetería. Ahora se mete un poco más y se sienta sobre una ola. Queda toda mojada por debajo, lo que pareciera ser la consagración de la tarde.

Vuelve junto a su compañero dando saltitos, sintiéndose admirada por su proeza acuática. Y ahora la pareja se tiende a tomar el sol.

— Vámonos de esta playa, Moncho.

Y yo inicio entonces la recolección de las toallas y trato de plegar el problemático quitasol de tío Anfión.

Antonio es mejor que yo para el frío Incluso esta mañana, que me he puesto, por primera vez, la chomba de cuello alto tejida por tía Raquelina. Hemos subi

do al mirador del Cerro Castillo conscientes de que no vamos a poder mirar mucho, debido a la niebla que viene del mar.

Pero, además de ser menos friolento, Antonio tiene como un calor de adentro, una luz en los ojos y muchas cosas que decir. En un taller de bicicletas ha conocido a una niña, Barbarita, con la cual ha pedaleado en una bicicleta doble, un tándem, desde Viña a Reñaca.

— Cuando ella me contó que, por lo gorda, no deseaba ser una carga para mí, yo protesté. Barbarita dijo que, de aburrida, a veces, iba a ese taller de Arle- gui. Si no hallaba compañero para el tándem, arrendaba *una bicicleta de a uno.*

Lo que le ha ocurrido a Antonio, me parece que es algo absolutamente providencial.

— Me encanta que sea así como es de gorda, Moncho. Me hace el trato más fácil.

— ¿Pero ella habla mucho de ser gorda?

— Todo el tiempo. Para qué te digo cuando pedaleábamos en tándem. Y después agregó que había probado el régimen de la luna, y todos los demás, sin resultado. Yo no sé por qué, daba por cosa sabida que la mejor época para adelgazar era el verano.

— Absurdo—le interrumpo—: con el aire de mar aumenta el hambre.

— Sí, pero a Barbarita no, porque vive siempre en Reñaca. Es *reñaquina o reñaquense*, no sé cuál será la palabra.

— Barbarita y tú, ¿quedaron de volver a verse. Antonio?

– ¡Por supuesto: todas las tardes!

La llegada del Alcatraz, barco turístico norteamericano, hace que la curiosidad nos lleve a todos al puerto. Me acompaña Laurencio y me cuenta que su polola, Tamara, pertenece a una especie de secta donde hay un gurú.

— ¿Hay que?

— Un gurú.

— ¿Es yoga?

— Es un señor Escanilla. Vivió en la India.

— ¿Pero es un brahmán?

— No. Nada de eso. Ni soñarlo. Es de una casta inferior. Escanilla se reúne por las tardes con sus amigas y se pasan horas en la posición del loto. El gurú les da un sonido determinado para repetir siempre: como una campanilla interior. Tamara asegura que, de tanto decir Tin, alcanzará la perfección.

— ¿Tin?

— Tin. Y eso sería todo.

— ¡Mira! Es el Alcatraz.

En el puerto de Valparaíso se yergue una mole enorme y gris.

— Creo que Alcatraz es el nombre de una prisión norteamericana —recuerda Laurencio—. A lo mejor trae a los que han cumplido condena.

Aparece todo un grupo de negras jóvenes, son ocho, con los ojos más alegres del mundo. Se advierte que desconfían, que no quieren separarse unas de otras. Tienen 17 o 18 años aproximadamente, su vivacidad nos hace vibrar. A Laurencio y a mí nos encanta

su alegría, su pelo negro algo motudo, sus cuerpos ansiosos y expectantes. Y, sobre todo, la manera de andar.

— ¡Me parecen fantásticas! —exclama mi amigo.

Las persiguen los niños, las quieren tocar, deben creer que son de juguete.

— Las pillamos, ¿qué te parece, Moncho?

— ¡Vamos a pillarlas!

En la jubilosa confusión, alguien dice que todas ellas son de Nueva Orleans. Las miramos caminar: sólo les faltaría una cola para verse como potranquitas. Las fotografían unos muchachos mayores que nosotros, Junto al Monumento a las Glorias Navales. Y lo que más les llama la atención es don Zárate, el fotógrafo, venido de Viña con su máquina de cajón.

Entre varios las vamos cercando. El revelado de la foto hecha por Zárate, se demora entre los líquidos mágicos de un tarro ennegrecido por el tiempo.

Al viejo, que de joven trabajó en Chuquicamata y aprendió inglés con los gringos, parece que le han fallado los reactivos.

Ahora advertimos que don Zárate ha colgado las fotos con *perros* de madera, de esos que sirven para colgar la ropa.

Las negras se interesan más y más en el procedí- , miento y parlotean en inglés. Sí, vienen de Nueva Orleans, y algunas, las más listas, han aprendido a decir *Falfaraíso, Suda* América.

Ahora ellas se arremolinan junto al viejo, quieren verse en las fotos en descolorido blanco y negro, como de película antigua.

Cuando poco a poco se van descubriendo en esas

placas borrosas, las muchachas rompen a reír a carcajadas. Por los ojos dan fe de su alma.

— *Now let me...* —dice una bajita vestido de rojo—. *Let me...* y saca de su bolso una cámara moderna.

Al advertir que lo van a fotografiar, Zárate pone cara de circunstancia. Una de sus manos envejecidas la coloca sobre su máquina de cajón. Así está bien, como se pide. Un poco posero el fotógrafo, no más.

Una negra pletòrica de entusiasmo, invita a Zárate a irse a viajar a Nueva Orleans, con ella. En calidad de *souvenir,* también, iría ese interesante cajón de largas patas.

Pero don Zárate no abandona toda cordura. Aspira el aire que ha respirado desde hace 60 años y dice en correcto *chuquicamato*:

— *Next time.*

Casi nos atropella un pequeño bus que pertenece al barco, al Alcatraz. Son parejas de viejos norteamericanos, que darán la vuelta al mundo con nuestras amigas, las encantadoras negritas.

De repente siento que alguien me agarra del brazo. Es don Narciso.

— ¡Este sí que es acontecimiento! De Nueva Orleans a Valparaíso, ;qué te parece? Vámonos a tomar chocolate caliente, Moncho.

Caminamos por unas callejuelas sucias, bares, inarisquerías. Hay borrachos y mujeres extrañas que fuman de manera más extraña todavía. Pero a él nada lo arredra: don Narciso es hombre de energía.

Al llegar a una plazoleta, entramos a algo que no

tiene nombre conocido. Nos sentamos y él pide dos tazones de chocolate con churros.

— Ahora conocerás lo que es bueno. De las negras de Nueva Orleans al chocolate a la española espeso. La última vez, lo tomé en Alcalá de Henares.

,A ese sucucho, el carácter se lo dan las sillas más incómodas del mundo. Y unas mesas de madera gruesa, sobre las cuales una veterana muy limpia extiende un mantel de hule.

Junto a la puerta que da al W.C. hay un hombrecito que lee, absorto, *La vida comienza a los 40.*

Don Narciso lo mira un momento. Después dice:

— Ese tío envejece mientras lee. ¡Es que la gente lee cada estupidez!

La conversación se refiere a las negras. Don Narciso afirma que entre las razas inferiores, Hitler colocó a los negros, a los gitanos y a los judíos.

— Yo iba por los aliados, admiraba a los ingleses en su hora peor: la de los bombardeos de Londres. Y también me gustaba Stalin, el conductor del pueblo ruso. Pero desde la Segunda Guerra, la cosa se descompuso. Mayor en número fue la gente asesinada por Hitler y por Stalin, me parece, que la muerta en combate. Desde entonces reinan el odio y la venganza. Así es todavía.

— Puede ser cierto, don Narciso. Antes yo pensaba que la culpa de todo la tuvo Hitler. ¡Pero Stalin!

— Quizá si las cosas, hijo, pudieron haberse arreglado de manera más diplomática. Un matrimonio político, por ejemplo, como se hacía antes... Suponte el matrimonio de Stalin con la Reina Guillermina de Holanda.



— ¡Pobre reina! —exclamo, sorprendido por la extraña solución.

Ahora la veterana coloca las tazas con el chocolate hirviente. Don Narciso parece reconfortado cuando hunde la cucharilla hasta el fondo del apetitoso contenido.

—' A las mujeres —afirma de lo más convencido— les gustan los déspotas. Y Stalin era de vida ordenada, no se le conocieron amantes. Además, tenía otra ventaja adicional: cocinaba los platos típicos de su natal Georgia.

— Pero ella era una reina. La Reina Guillermina.

—, A las reinas les gustan los plebeyos. Y a ellos les atraen terriblemente las reinas. Esto no viene al caso, hijo —sorbe y aprueba con un ademán el chocolate—, pero si mal no recuerdo, refiriéndose a la atracción que sienten los plebeyos por las aristócratas, Balzac dijo que para ningún plebeyo una marquesa tiene más de 30 años. Ahora puedes saborear el chocolate espeso. Está como se pide.

Lo pruebo y me parece muy rico, reconfortante en la tarde helada. El chocolate a la española hay que tomarlo con un español para que lo alabe como se merece y, además, se lo explique a uno.

Betina a Goethe:

Amigo mío, estoy sola; todo duerme; en cuanto a mí, el pensar que estaba contigo hace algún tiempo, me tiene desvelada.

Quizá, Goethe, aquel encuentro fue el acontecimiento más grande de mi vida; quizás fue el momento más hermoso. Si

otros días más hermosos se me ofrecieran, los rechaiaiia.

Y ***tuve que partir después del último beso; yo que creí permanecer eternamente pendiendo de tus labios, y al pasar por las avenidas, bajo los árboles en que juntos paseamos, pensaba detenerme en cada tronco.***

¿Quién podrá arrebatarme este recuerdo? Y puesto que lo poseo, ¿qué he perdido? Amigo mió, tengo todavía todo lo que he poseído, y dondequiera que vaya, la felicidad es mi patria.

Goethe a Betina:

...Puesto que con tanto calor exaltas el poder creador del poeta, creo que leerás con placer una serie de poemas que va aumentando en las horas propicias

Betina a Goethe:

Estás enamorado, es verdad; pero solamente de las heroínas de tus novelas: esto es lo que te hace tan frío respecto a mí.

¡Ay, tú tienes un gusto singular acerca del valor de las mujeres!~

La Carlota de Werther no me ha parecido jamás edificante; si hubiese estado yo allí, Werther no se habría levantado la tapa de los sesos y Carlota hubiera sido bonitamente burlada al ver cómo sabía yo consolarlos.

Todas las mujeres que aparecen en Wilhelm Meister me repugnan.

Me había imaginado que tú me hubieras amado tan pronto como me hubieras conocido, poique y ***a soy mejor y más amable que todo el comité femenina de tus novelas; verdaderamente, no es mucho decir.***

*' *¿No soy yo más amable que todas ellas?*

¿No soy yo la abeja que va volando y que te trae el néctar de cada flor?

Y *los besos que te doy, ¿crees tú que han brotado buenamente, como las cerezas en el árbol?*

... Doblemos la hoja; no sufras porque haya llamado inútilmente a tu puerta; acógeme en la intimidad de tu ser. ... Adiós; no soy de color de rosa para ti, porque me has escrito por medio de tu secretario.

Poca cosa es necesaria entre nosotros, pero no la indiferencia. La indiferencia evapora la sal volátil de la inteligencia v *ahuyenta el amor.*

Escríbeme en seguida y repara tu falta.

Goethe a Betina:

No hay medio de esquivar tus reproches, querida Betina. No hay más que confesar la falta.

Los TI I ANES...

El domingo me levanto más temprano para asistir con Antonio a la misa del Padre Enrique. Cuando entramos a la iglesia de Reñaca, ésta se halla repleta. Me gusta que sea así, me gusta estar una vez, al menos, entre la gente que madruga. Porque no es tan fácil salirse de las sábanas cuando todos se hallan enredados en ellas.

Detrás del altar y vuelto hacia nosotros, el Padre Enrique se ve demacrado.

Ahora se dirige a sus fieles que son miles, con una voz que apenas se escucha. Los intentos para amplifi

car esa voz mediante un micrófono que realiza un señor mayor, echan a perder más la audición y el maldito micrófono emite pitos agudos, inaguantables. Por eso, y para oír de alguna manera el mensaje del Padre Enrique, el señor termina desconectando toda la instalación.

Al Padre le pasa algo raro. Sin embargo, la fuerza de su espiritualidad es tanta que, como un imán, nos atrae a todos. Y no falta el iluso que pretende oírlo a través de las puertas abiertas, desde afuera. No sé si el Padre se da cuenta de lo que ocurre: apenas logra emitir la palabra revelada. Pienso que, por ser la palabra de Dios, su patético esfuerzo vale la pena.

Ahora se queda observándonos a través de sus anteojos que me recuerdan las clases de filosofía. Pareciera que desea juntar fuerza. Pero todo queda en nada.

Entonces permanece, como un búho bueno contemplándonos.

— Nos mira a cada uno. Ahora te mira a ti y ahora me miFa a mí —dice Antonio.

Llegada la comunión, nosotros no nos acercamos, pero se hace una larga cola para llegar hasta el altar. Y aparece un sacerdote que le ayuda al Padre Enrique, desde ahí, hasta el término de la misa.

Otra vez he llegado por la noche a casa, cuando la tía se halla en el lavaplatos con los cubiertos y la loza. La miro a través de la ventana del primer piso. Realiza su trabajo bajo una luz desvaída. Es que las ampolletas de la

lía dan un ambiente de tristeza a esa habitación, recuerdan la cuenta mensual.

Ella se ha puesto un delantal de florcitas naranjas, y se halla ensimismada en esa actitud solemne que la posee a la hora del lavaplatos.

— Jamás se me ha quebrado una taza —ha dicho con orgullo.

Un rato después que yo, llega Laurencio a casa. Viene con un ojo en tinta, pero no me animo a preguntarle la causa, nada.

Tía Raquelina cierra las dos llaves del lavaplatos. Hace un esfuerzo para simular hallarse tranquila. Le dice .a mi primo:

— Ven, hijo, te voy a curar.

Se lo lleva al baño.

En otra onda, la Tomate aparece exultante, eufórica. Quiere que la celebren porque un viñamarino se le ha declarado.

— Y tú, ;qué le dijiste? —le pregunto.

— Te juro que quise abrazarlo y comérmelo a besos. Pero me contuve porque alguien me dijo que en un caso así, debía responder *que lo pensaría.*

La miro resplandecer. Hay en sus ojos algo que invita a quererla, como si de la Tomate emanara un fluido del cual ella no tuviera mayor conciencia.

Apenas Laurencio sale del baño, recién curado por la tía el ojo en tinta, se va a esconder a su cuarto. En esas condiciones, a nadie le gusta que lo vean, también es cierto.

— ¡Déjenlo tranquilo! —dice la tía— A cualquiera puede pasarle. Tamara ya se hallaba de novia antes, y

el novio llegó de repente de Santiago. ¡Mi pobre niño! —y mira en dirección al cuarto.

Hace un puchero, busca un pañuelito que no encuentra fácilmente. Después mira por la ventana que da al Pasaje Viana, con una pena que a mí también me apena.

No así a la Tomate, por cierto, que me estampa un sonoro beso en la mejilla.

— ¡Pero Tomate! —la reprendo algo confundido.

— Es que tengo ganas de besar a alguien. Aunque sea a un primo feo como tú.

— Ándate a dormir, será mejor.

Me contempla pensativa.

— ¿Y qué sacaría con irme a la cama, Moncho? Empezaría a darme vueltas, a cambiar la posición de la cabeza en la almohada.

Me parece que, como un árbol precoz, en unos pocos días, ¡ha crecido tanto la Tomate! Ahora es una muchacha proporcionada y sensual. ¿Sabrá ella que e* sensual? Si no se dejara el pelo tan corto, nadie le diría Tomate. Pero se lo deja.

— Quiero que me digas cómo son los hombres, primo.

— Bueno, serán como yo, supongo. Algunos.

— Estoy enamorada como no imaginé nunca que podría estarlo.

— ¡Tomate! Te creería si lleva ras meses pololeando con él. ¿Cuándo lo conociste?

— La semana pasada. Y lo adoro—dice hojeando la Revista Mariana Número 4, que no constituye novedad alguna para ella: está en el mismo colegio que Jacqueline, pero en distinto curso.

A ¡apotra mañana-, sin que yo la oiga venir del patio, entra en mi dormitorio tía Raquelina. Después de mirar un libro de Dostoyevski, dice:

— Tú eres como esas personas que van al cine solamente a sufrir.'

A ella le agradan los valses de Strauss, películas hermosas, cuadros románticos que uno puede disfrutar incluso si los tiene en el dormitorio.

En los autores rusos, en cambio, existe lo cruel y lo hipersensible combinado de tal manera, que es el mejor caldo de cultivo para el padecimiento humano.

Rato después entra la Tomate.

Deja sobre la mesita no el Número 4 de la Revista Mariana, vale decir, el que me sé de memoria, sino el 5. En éste hay una Advertencia Previa. Dice que en el N“ 4, debido a que la monja encargada de la imprenta era nueva, recién llegada de Estados Unidos, se deslizaron algunos errores. Por ejemplo, a la alumna Jac- queline D’Ors no le pertenece el rostro adjudicado en la publicación anterior.

Efectivamente ahora, en el Número 5, viene la verdadera foto: gorda, anteojuda, podrida de matea.

El *Saint Margaret* es un colegio prestigiadísimo y las alumnas hablan inglés como en las películas. Nada cuidadosas en la impresión de la Revista Mariana, no más, las monjas. Por lo menos, la recién llegada de Estados Unidos que se encargó, en la imprenta, del desafortunado Número 4.

Me meto adentro, bien adentro de la cama. No quiero

hablar con nadie, ni ver a nadie, y hago la prueba de no respirar.

Pero no duro mucho en ese propósito.

Realmente el hombre ¿se halla preparado o despreparado, si puede decirse así, para ser tan imbécil?

Como no quiero salirme del fondo de la cama, tía Raquelina me llama repetidamente y me da unos golpecitos.

— Sal, niño, sal, que ya se halla listo el almuerzo.

Me siento ratón.

Huyo por la parte posterior de la cobertura de la cama hasta el baño, en camisa y calzoncillos. Creo que todos se van a preocupar del más infeliz de los mortales, pero no es así. Ahora están oyendo noticias de la radio. Sólo eso y la preparación del almuerzo, los olores de la cazuela de hueso que surgen de la olla, les llaman la atención.

Los hombres no lloran, me decían siempre en el colegio. Pero es que en el colegio creían que yo era eso, un hombre.

No un ratón.

Y tonto además. Se sabe de personas, según Antonio, que se enamoran por correspondencia. Pero no por medio de la Revista Mariana Número 4, si eso es el acabóse. ¿Cómo pude ser tan huevón?

Ahora me siento más unido a tía Raquelina. Es una de esas mujeres que aprecian al hombre que se ha fijado en ellas, basta con eso. Y le son fieles hasta la muerte. Agradecen haber sido elegidas, aunque el marido no las vea mucho.

Todas las veces que vinieron a buscar a tío Anfión los detectives, en nada afectó la devoción que la tía le dispensaba a su esposo. En el lugar principal de la salita, hay una foto coloreada de tío Anfión Grimaldi. Parece mirar con sus ojos glaucos hacia algún horizonte. Seguramente, aquel horizonte por donde llegaban los televisores.

Fue un cambio de mercadería lo que detectó la policía porteña. Al parecer, unas facturas que no coincidían. Y el tío Anfión, por una falla arterial congènita, murió libre bajo fianza, muy oportunamente. Y así lo enterraron también, libre bajo fianza.

Ahora Laurencio, con el ojo morado, sin despedirse de nadie, se va a vivir donde unos parientes en Limache. La tía Raquelina lo ha instado a retirarse a un lugar más tranquilo, donde pueda olvidar a Tamara y recordar el examen de Matemáticas que debe rendir de nuevo.

Mi primo ha sido muy negado para las Matemáticas, y en su desesperación procura una y otra vez lo mismo: aprendérselas de memoria. Todos le han dichoque las Matemáticas fueron inventadas para eliminar a los más pavos de la edad del pavo.

Paola Volpi pertenece a una de las familias más distinguidas de Viña del Mar. Es una mujer alta, de cutis blanco y quietos ojos celestes.

Don Danilo la ha tomado de alumna, pero no en carácter de prueba: al parecer para siempre.

— ¡Lo ingrato que fue este don Danilo con mi

Laurencio! —suele decir la tía Raquelina, al ver pasar frente a nuestra casa a la inalcanzable Paola.

Mi tía está celosa de que el profesor la haya aceptado de alumna vitalicia.

Desde nuestra casa escuchamos, muy atentos, cuando Paola toca el piano, y también cuando se detiene cientos de veces en esos lentos ejercicios.

Nos hallamos sentados junto a las ventanas abiertas por donde ya no entra el sol. Es increíble la resistencia de Paola, cuyos antepasados llegaron alguna vez a Caleta Abarca con el gran Garibaldi, según afirma la tradición.

— Esta loca va a destruir el piano y don Danilo se verá obligado a llamar de nuevo al afinador —afirma tía Raquelina—. Pero él se la buscó.

El momento en que Paola sale de la casa de don Danilo, poniéndose un guante en una de esas manos maravillosas, lo espero con inquietud.

Aunque ella no saluda a nadie, me mira con simpatía: de eso estoy seguro.

Advierto que la Tomate se ha puesto por primera vez unos zapatos aún más altos

— Los pies me duelen como diantre.

Se halla pronta a cualquier sacrificio con tal de caerle bien a Juano Moller. Con tacos, es una mujer casi más alta que yo. Sus pestañas postizas le han dado a su rostro un misterio del que antes carecía por completo.

¡Quién iba a imaginarse a la Tomate con misterio!

Si incluso llamarse de esa manera, Tomate, ya era carecer de todo derecho a ser misteriosa.

— Soy linda.

Así empiezan todas. Hay amigas de la Tomate, me ha dicho ella misma, que empezaron diciéndose *Soy linda.* Y después fueron convenciendo de que lo eran, realmente, a todos los muchachos.

Como si no existieran los espejos.

— Soy linda para él —agrega la Tomate y ese mismo brillo de su cara roja, la salud de la piel, la hacen más atrayente.

Ensaya caminar por el patio interior con tacos. Irán al *Topsy* con Juano, bailarán hasta el amanecer.

— Déjate querer, Tomatito. Dileque es amistad lo que sientes por él, no amor —le digo cada vez más interesado—. A los hombres sólo les dura el amor si les cuesta obtenerlo.

La Tomate baja las gradas que van hacia la salida.

Y se ensaya. Ahora sube las gradas.

No quiere que sus zapatos la traicionen en el *Topsy.*

— De ayer a hoy tienes otra cara —le dice, bondadosamente, la tía.

La muchacha reflexiona un poquito, después inquiere:

— ¿Qué cara tenía ayer, si puede saberse?

La tía afirma que, en su opinión, la niña debiera pintarse los labios de color blanco.

— ¿Blanco?

La idea no le parece mala. Pero quizá atrasada, porque en ese momento alguien toca el timbre.

Don Narciso se ha hecho amigo del obispo que hacía dedo, lector no sólo de poesía de Antonio Machado sino que también de algunos sonetos de Miguel Hernández. Como aquél que dice: "Te me mueres de casta y sencilla".

Hojeo las *Obras completas* de Unamuno, y apenas oigo a don Narciso, que ratonea entre estantes y rumas de libros. Después el librero se acerca a mí, mira los tomos de don Miguel y dice:

— A ese hombre, Unamuno, para nada le importó vivir peleando. ¡Cáspita!, decía verdades que enfurecían a todos. Por eso dejó huella. Creía con el corazón y descreía con la cabeza. Así dijo un estudioso de su obra semirreligiosa.

— Pero yo nunca tendré dinero para comprar sus *Obras completas,* don Narciso.

Las mira y me dice:

— Tú eres cuidadoso. Llévate un tomo, me lo devuelves y vamos así. Unamuno es uno de mis autores preferidos, incluyendo su derecho a contradecirse, que él defendió siempre.

— ¿Y Azorín? —le preguntó.

— Azorín no mataba una mosca. Cuentan que una vez se hallaba leyendo en una plaza y una guana empezó a hacerle arrumacos. Quería verle, por lo menos, la suerte. Pero ante el imperturbable Azorín, sumido en su lectura, se aburrió. ¡Si no había paciencia con un hombre así! Pero volviendo a Unamuno, era muy de su casa y de su mujer. En una fiesta, una muchacha guapísima lo sacó a bailar. ¿Sabes qué le contestó don Miguel?

— No, para nada.

— Le contestó: No me gustan los prólogos.

De súbito un postigo golpea muy fuerte la ventana que da al mar. Se anuncia el temporal.

— El cielo está negro —observo—. Tendremos temporal.

Le doy un vistazo a los libros elegidos por mí. Son demasiados para llevarlos a casa sin que se mojen.

Pero don Narciso sale en mi ayuda.

— Recuerda, hijo, que soy el primer librero porteño con automóvil.

El automóvil se desplaza lentamente hacia el plano.

— A Valparaíso—me dice don Narciso— la gente lo odia o lo ama. A veces con mi señora y mis chicos, subimos a los cerros y recorremos horas y horas sin parar, de sorpresa en sorpresa.

Ahora vamos por Prat, esa calle de los Bancos enormes de mármol plomizo y vericuetos, esa importante arteria cortada por callecitas de no más de una o dos cuadras.

— Esto es como hallarse en Londres, pero sin esos tíos desagradables, los ingleses. Vamos a tener temporal, Moncho. Nada me gusta más que contemplar el mar agitado, amenazante como un animal a toda fuerza.

Hay un semáforo con luz roja avalada por un carabinero.

La luz roja pasa a la amarilla y después de cruzar por la frondosa Plaza Victoria (la Reina Victoria es como el hada madrina de Valparaíso), seguimos por Pedro Montt.

— ¿A dónde lleva todos estos paquetes de libros, don Narciso? —le pregunto advirtiendo la carga que va en el asiento de atrás.

— Los embarcaré para Santiago. Son los primeros volúmenes de la *Colección del Litoral* que llegarán a la capital del país. Y agregué un libro de Coloane, recién salido, con la tinta fresca.

La Avenida Pedro Montt tiene una hermosa plaza junto al Teatro Velarde, uno de los más antiguos de Valparaíso.

— Yo he leído a Coloane —le digo—: me gusta.

Don Narciso cambia a segunda, disminuye la velocidad, y cuando advierte un hoyo en el pavimento me dice:

— Neruda hace poesía telúrica. Pero Coloane *es* telúrico.

— ¿Por qué embarca los libros en Viña, y no en Valparaíso?

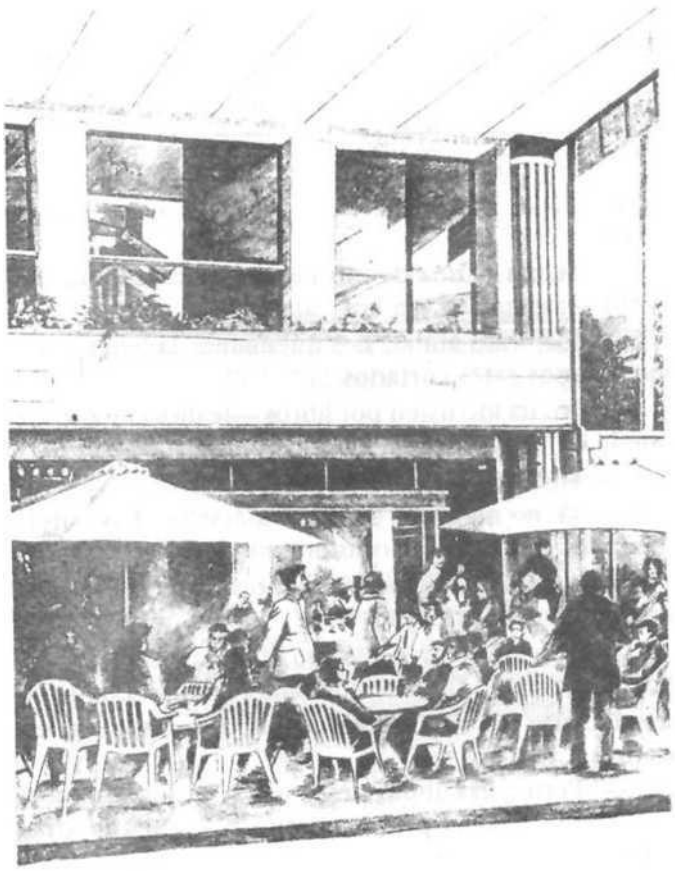
— En la estación de Viña del Mar todo resulta fácil. Además conozco al Jefe, que me soluciona cualquier problema.

— Está empezando a llover.

Ahora los limpiaparabrisas inician su trabajo.

Dejamos los paquetes de libros en la Estación, con tan buen éxito que ninguno alcanza a mojarse.

En el Café Samoiedo, don Narciso me presenta a una mujer llamada Selma, que se halla sola en una mesa. Ella sorbe, por medio de una pajita, un café helado con una lentitud que me parece el colmo de la elegancia y del buen gusto.



— ¿Cómo está el café? —le pregunta el español, desde la mesa nuestra.

— Rico, don Narciso —replica ella y lo mira con sus ojos verdes.

— No, francamente no soy hombre de café helado con este clima. Prefiero un cortado. ¿Tú también? —me pregunta.

Dudo un momento. Después hago que sí con la cabeza.

— Selma es una de mis mejores compradoras de libros —asegura él, en voz baja.

Al poco rato ambos nos quemamos la lengua con los famosos cafés cortados.

— No ha ido usted por libros —le dice él y la frase queda en el aire aromático del Samoiedo.

— He estado enferma, don Narciso.

— ¿Y no me avisó para mandárselos? Las enfermedades son la mejor ocasión para leer.

Selma sonríe. Tiene los dientes de un tono levemente amarillo. Después dice:

— Con los dolores míos no se puede leer una sola página. Pero, en Fin, hay que salir adelante. Los grandes lectores no son los enfermos, son los con vales- cien tes.

— Pero quizá ahora desee leer —le digo sin saber cómo, y le paso el primer tomo de Miguel de Una- muno.

Me mira, desconfiada, al principio. Después acerca el libro. Su rostro es fino y pálido. Lee un párrafo, voltea dos o tres hojas y me dice:

— Me interesa. ¿Quiere prestármelo? Yo soy de

las que devuelven los libros. Puedo enviárselo después, donde usted quiera.

— Para qué se molesta —le digo—. Yo lo pasaré a buscar a su casa.

Abre su cartera azul, saca una linda libreta, rasga una hoja y anota su nombre completo y la dirección.

— Vaya en una semana más, por la tarde. En la mañana no suelo sentirme bien.

— ¿Y no le preguntastes si era casada?

— No tía, no se lo pregunté. Selma es mayor, eso resulla evidente. Se habrá casado, supongo. Si es una vieja como de treinta.

— ¡Una vieja como de treinta!

La tía ajetrea un poco por la salita, antes de preparar la comida de pensión universitaria a que nos tiene habituados.

Aunque no conozco a Selma y nada sé de ella, ya estoy casi dispuesto a escribirle mi primera carta de amor. Tal vez alguna vez llegaré a ser escritor, con la ayuda de *Los titanes...* Lo único que se opone a ello, como un fantasma es el destino, tan incierto, de las cartas a la incierta Jacqueline.

— No voy a comer —le digo a tía Raquelina.

Después me arrepiento. Imagino a la tía sola, frente a la alcuza de base de plata. Cada familiar tiene una servilleta y una argolla de plástico, la de la tía es la azul.

Entonces me digo que debo compartir con ella y me siento, también, a la mesa.

Ella se persigna cada vez. Le da gracias a Dios por los alimentos que se ha dignado concederle.



Para exigirme, para obligarme a tomar esa desabrida sopa, yo pienso en el hambre de los niños de la India. Eso me recorforta.

— ¿No vas a tomar más sopa? —me pregunta después de un rato largo, el suficiente para que la sopa se haya enfriado.

— ¡Es que, *por la chuata,* todos los días la misma sopa!

— Comida sana —dice ella, frunce la boca y recoge la panera donde han quedado una migas—. Espera un segundito por el postre.

Echo de menos a la Tomate. Desde que está polo- leando con el Juano, ya no viene a las horas de comida.
Y extraño también a Laurencio, encerrado en Li- mache.

— Tía —le digo— ¡Cuánto habrá sufrido usted con la muerte de don Anfión!

— El era una persona buena, niño. Y el trabajo le daba...

— ¿Le daba bastante?

— Algo más cuando llegaban barcos liberianos.

— ¿De dónde los barcos?

— Liberianos. Hay muchos ahora, porque la patente es la más económica. No sé dónde se halla Libe- ria, supongo que existe en algún mapa. En esos buques venía tripulación chilena y buena mercadería.

Corta una tajada casi transparente de dulce de membrillo y me la ofrece.

— Gracias, tía —le digo.

Lo adhiero primero al cuchillo y después hago un movimiento especial para que la película caiga en el plato.

Después ella guarda el dulce de membrillo bajo una campana de cristal, como si fuera un queso.

— ¿Usted no come?

— Yo ya tengo bastante por hoy —afirma y enrolla cuidadosamente la servilleta para meterla en la argolla, en su argolla de plástico azul.

Estoy resfriado por un día, y como además se ha nublado, me quedo en cama por consejo de la tía Raquelina.

Llega Antonio "a ver al enfermo". Me cuenta que se ha encontrado con Barbarita en el Supermercado, y ella le ha pedido que adivine cuántos años tiene. Por decir algo, mi amigo dijo 19. La muchacha asintió con la cabeza.

Antonio observó que, entonces, tenía uno más que él.

Pero ella, muy rápida, afirmó que la diferencia de edad, después, no se notaba.

Mi amigo me cuenta que Bárbara andaba con un vestido azulino, una especie de carpa que le caía mal. Por los pasillos del Supermercado la acompañaba su madre, que llevaba el carrito de mercaderías.

Y Barbarita le dijo que ése era Antonio, de quien le había hablado tanto.

La señora era muy elegante. Rubia, oxigenada y magnífica, de gruesos labios rojos.

Pero la existenc ia del mismo Antonio no le preocupaba mayormente. Y de súbito le preguntó a su hija, de manera perentoria: "Bárbara, ¿echaste las verduras para el conejo?".

Y ella repuso que no. Entonces mi amigo quiso

saber algo del conejo. Bárbara, tomándole la mano, dejó en claro que antes lo adoraba; pero se habia dado cuenta de que era un conejo igual a todos los demás.

— El día del cumpleaños —continúa ahora Antonio—, Bárbara me recibió radiante. Se había pintado los labios con *rouge* y se veía menos gorda. La casa de su familia, ¡qué elegante!

Yo no opino. Con la cabeza afirmada en el almohadón. observo, con paciencia, a mi amigo.

— Barbarita —prosigue él, sentado en la única silla de mi pieza— me preguntó si quería saber cómo era ella de chica. Por supuesto que yo quería.

- Oye —le digo entre toses— yo leí por ahí, que uno se interesa únicamente por conocer la infancia de los seres que ama. ¿Qué puede importar la infancia de los demás?

Él se queda pensativo un buen rato.

— Me has hecho comprobarlo de otro modo. Es- tov enamorado de Bárbara.

— ¡Qué bueno! —exclamo y la tos me ahoga.

— ¡Es maravillosa! —dice él, sin importarle para nada mi tos.

Esa noche, con fiebre y todo, leo hasta las tres de la mañana. Entonces advierto que las letras brincan hacia las ¡ineas de arriba. Sé que no podré seguir leyendo por mucho rato más, aunque me halle ante una novela enigmática como *Las noches blancas.* ¡Qué manera de conocer el alma desdichada de la mujer, la de este desdichadísimo Dostoyevski!

La tía Raqueüna ya no me despierta por la mañana

ni me trae desayuno recalentado tres y hasta cuatro veces. Sencillamente se va a *su* playa con una amiga y vecina, la señora Sofía. Y tal vez se bañen juntas. Sus mallas llamarían la atención entre las tangas de las otras playas.

Los jarros de limonada caliente de la tía han surtido su efecto, así es que me levanto y salgo a la calle Valparaíso.

Por todas las radios se anuncia la ceremonia inaugural del Festival de la Canción de Viña del Mar. Han llegado numerosos autos argentinos, más viejos que los chilenos, pero mejor tenidos. A los mendocinos les gusta el Festival y piropean a las muchachas cuando las ven caminar alegremente por las calles.

Yo pensaba que los argentinos eran todos antipáticos.

Pero por fortuna conozco, en esos días, en la Quinta Vergara, a una pareja de jóvenes de Cuyo. Conversamos un rato y me obsequian un producto nuevo para mí, el *mantecoi.*

La verdad es que no encuentro más que puntos de unión con estos cuyanos. Son simpáticos. Lo que ocurre es que hablan más fuerte que nosotros, que no usan diminutivos, que tienen otra manera de ser simpáticos. La manera argentina.

Cumplido el plazo para retirar el libro de Unamuno, me voy a ver a Selma. No demoro en ubicar su casa, en la calle Errázuriz, y me sobrecoge el magnífico lugar donde vive.

Apenas me atrevo a tocar el timbre. Pasa un buen

rato antes de que aparezca la empleada de delantal azul.

Cuando le pregunto por Selma, me dice que ha debido partir a Santiago para hacerse unos exámenes médicos.

— ¿Usted es el caballero del libro? —murmura con cierta timidez.

— Sí, yo soy. Un libro de Unamuno.

— Voy a buscárselo.

Y deja la puerta de calle entreabierta, en señal de cierta confianza. Yo miro los grandes árboles, tengo pena por Selma. ¿Ya no nos veremos nunca más?

i— Sabe —agrega la empleada cuando vuelve—, la señora leyó el libro, le gustó mucho.

A medida que me alejo de ese lugar, siento angustia, como un peso, un dolor encima del pecho, el alma asfixiada. Todo esto es algo que jamás antes había experimentado. ¿Se puede vivir un día entero con angustia? ¿Se olvidará como todas las cosas, en el sueño, o resurgirá a la mañana siguiente?

Por la calle Errázuriz, a través de la puerta colorada vieja, se entra al enigmático mundo de la Quinta Vergara, ese misterio de la naturaleza que nunca terminaré de conocer.

Camino lentamente y aprieto el libro de Unamuno, que ahora me parece un objeto valiosísimo.

Sin darme cuenta cómo, llego hasta un muro de la parroquia donde hay una virgen blanca, desproporcianadamente alta. Junto a ella la inscripción *Ave María,* unos versos sentimentales que mencionan la posible ingratitud de los paseantes.

Se trata de una imagen muy convencional, pero sus ojos se conectan con lo de arriba. Eso me basta.

Junto a la puerta lateral, aquella que da 3 la Plaza Parroquia, hay un furgón de muertos.

¿Por quién será la misa? ¿Qué importa?

Cruzo la línea del tren y me voy por la calle Viana, la calle mía. Hace tiempo, de acuerdo a una información que leí en un libro o quizá dónde, vivió en Viña del M*ar el poeta Pezoa Véiiz. Fue nombrado Secretario de la Municipalidad de Viña, *y* entonces cambió s,u horrible situación económica. Se puso un diente de oro y sacó partido de su buena estampa y de su pelo rubio, para dedicarse a la conquista amorosa.

Describe la calle Viana, esta calle mía ahora, a principios de siglo. ¡La encuentran tan disminuida en comparación con la de Valparaíso! Para él Viana es la calle de los vagabundos, de los empleadillos, de las señoritas tuberculosas.

El autor de *Tarde en el hospital,* de *Nada,* dice que la de Valparaíso es la calle de los triunfadores que se pasean del brazo de mujeres hermosísimas, toda gente de éxito en la vida.

Al llegar a casa, en ese melancólico o más bien funesto día, digno de Pezoa Véliz, comento con la tía lo dicho por el poeta y su visión de nuestras calles.

Ella oye un momento, se suena dos veces con un pañuelito diminuto, pero bordado a hilo. Después dice:

— ¿Tú crees que la Calle Valparaíso era gran cosa antes, en 1940, por ejemplo? Desde la Plaza Vergara hacia el poniente, se suponía que, por la acera izquierda, se paseaba la gente bien. El resto, por el lado

derecho: Anfión no me permitía cruzar hacia esa acera. La Virreina era el lugar preferido de la *gente conocida.*

— ¿Qué era la Virreina?

— Una gran pastelería. Bueno, la separación duró hasta que comenzó a funcionar Samoiedo. Al menos, ahora nadie se siente disminuido si lo ven caminar por ese lado.

— Había una misa de difuntos en la parroquia, tía.

— Vi en el diario que murió el Padre Enrique. ¿No crees que era un santo?

— Un santo él y yo un cretino. Si pasé por ahí misrr\o, junto a la parroquia. Pero va no saco nada con volver: tienen que habérselo llevado.

— Reza por él, Moncho.

— Pero era tan bueno y sufrió. ¿Hay que rezar por los muertos, de todas formas?

— También por los que fueron buenos, mucho mejor que tú o que yo. Hay que rezar por los santos para que rebocen de Gracia, como la Santísima Virgen María.

De súbito, al otro lado del patio interior, escucho unos sollozos.

La Tomate llora, sale de su pieza al patio interior. Oigo, incluso, cómo sus pies desnudos hacen sonar las baldosas que se hallan un poquito sueltas. Pero cuando llega al cuarto de baño, la muchacha no cierra bien la puerta. Se lava una y otra vez la cara, se refresca en el agua del lavatorio.

Ya regresa a su pieza, la llamo despacito (no quiero despertar a la tía).

Pero mi prima se encierra otra vez a llorar sola. Ha dejado, eso sí, la luz encendida. Me levanto, decido ir a verla.

Cruzo el patio interior, ¡qué heladas son estas baldosas, por las reflautas! Doy vuelta la perilla de esa puertecita con mucho cuidado. Que ella no se sobresalte. ¡Soy tan torpe para todo!

— ¿Qué te pasa, Tomate?

— ¿Pero qué haces tú aquí, Moncho? ¿Que me va a pasar? No... no me pasa nada.

— Es que te sentí sollozar.

— No es necesario que me 1o digas —responde y se da vuelta contra la muralla.

Su catre de bronce es el más antiguo de la casa, perteneció al doctor Von Schroeder y no sé por qué pasó a manos de la tía Raquelina. Tiene cuatro grandes perillas de bronce.

Hay una silla de junco medio desfondada donde me siento a esperar que la Tomate se calme, si esto no fuera mucho pedirle.

Su llanto me parte el alma.

Se incorpora a medias, apoyada en la almohada

— Cierra la puerta —me dice y me mira con ojos enrojecidos.

Después sus lágrimas bajan escurriéndose por las mejillas y se le meten en la boca.

— Juano me dejó por una gringa —dice con voz estrangulada y rompe otra vez en llanto.

Yo no sé si lo hago bien ahora. En la edad del pavo, ¿alguien sabe cómo consolar a una mujer?

— Tomate —le digo—, todo pasa. El tiempo res-

laña l?s heridas. (Esta última frase me parece haberla leído en el Almanaque Bayer, que conserva la tía).

Pero no, es indudable que ese no es el camino. Me siento derecho en la silla que trajo del Persa de Valparaíso, tío Anfión. Sospecho que debo decirle lo linda que es, lo atractiva que todos la encuentran, lo irresistible elevada al cubo que resulta para este primo idiota, que quisiera besarla ahora, comérsela a besos.

— Es mejor que no me hagas hablar, Moncho. ¡Ándate, por favor!

— Pero, Tomate, yo... Además, ¿para qué habría de irme si no me dejas dormir? Desde mi pieza oigo cada uno de tus sollozos.

Me mira, hace un puchero y dice:

¿No crees que tengo derecho a llorar?

Y ahora, cuando el llanto vuelve, hace intento de tragárselo como yo a veces me trago los mocos.

— El Juano me dejó, así, tirada... y yo —clama al cielo— no voy a poder querer nunca más a nadie en mi vida.

Miro el retrato de Juano sobre el velador, junto a la palmatoria y a una caja de fósforos. ¿La Tomate le encendía velas, como si fuera un santo?

Hay algo como una vibración, las perillas medio sueltas del catre de la Tomate empiezan a tintinear.

— Moncho ¡está temblando!

Un remezón más fuerte la llena de espanto, salta de la cama y busca amparo junto a mí.

Yo le aprieto la cabeza contra mi pecho.

— Linda, no va a pasar nada.

— ¿Estás seguro?

Ya voy a decirle que no tenga miedo, cuando sobreviene un ruido sordo, un fuerte movimiento de arriba hacia abajo. Por allá lejos se oyen los gritos de la tía.

— ¡Aplaca, Señor, tu ira!

Ahora se apaga la luz eléctrica.

— Déjame buscar los fósforos, Tomatito linda.

Pero la Tomate no quiere irse de mí. Pareciera que para mi prima constituyo, por el momento, algo sólido donde refugiarse. Y ella se ha acurrucado en buscá de protección.

Le hago cariño en el pelo caliente.

Una gallina que estaba escondida quizá dónde, vuela, hace *raids* más o menos aéreos por el patio.

Sigue temblando, los perros aúllan.

— ¡Moncho!

Abro la caja de fósforos, pero no logro encender uno solo. ¿Qué pasa? Por un momento creo que los estoy raspando al revés, pero parece que no es eso.

— Déjame ir a ver por qué llama la tía. Debe de haberle ocurrido algo espantoso. ¡Déjame ir a ver, Tomatito!

— ¿Estás loco? ¿Me vas a dejar ahora?

— ¡Pero escúchala! Está llamando la tía Raquelina.

Siento a la muchacha respirar y también su miedo pánico, siento su cuerpo tan cercano al mío...

— Yo voy contigo, Moncho.

La tía se halla en la semioscuridad del patio. Su solo aspecto asustaría a cualquiera.



— ¡Hay que ponerse bajo los dinteles! —ordena con la voz alterada.

— ¿Qué es un dintel? —pregunta la Tomate.

— Niña tonta —la impreca tía Raquelina—, ;no le enseñaron las partes de una puerta, en el colegio?

Ahora a la Tomate le castañean los dientes.

— A juzgar por el ruido subterráneo, seguirá temblando —dice la tía—. Esto debe haber sido terremoto en otra parte.

Tomo la mano de la Tomate y se la aprieto. La siento próxima, nunca he sentido así de próxima a una mujer. Y lo peor es llegar a la puerta de calle, y salir al pasaje para descubrir que la casa del frente ha empezado a arder.

La Tomate no quiere que la vean en camisón, a la luz de las llamas.

— Voy a buscar el chaleco.

— ¡Tú te quedas aquí —le ordeno.

Los vecinos de la casa que arde están sacando las cosas. Veo salir por la puerta, a la lumbre del fuego, a la señora María con uno de los mellizos. Pero el marido, cuando todos esperan verlo salir con el otro mellizo, aparece con el televisor.

— ¿Y el otro niño? —clama la mujer, con la voz deformada por la rabia.

Pero don Nelson, el marido, ni siquiera la oye. Sólo desea saber dónde puede dejar ese televisor al que viene abrazado, es pesadísimo, el modelo más grande.

La luz del incendio sirve para distinguir esperpénticamente a los damnificados del Pasaje Viana. Alguien

pretende llamar a los bomberos, pero los teléfonos no funcionan.

Advierto que la señora de don Nelson, después de dejar con una vecina al primer mellizo, aparece con el segundo.

Ahora la casa de don Nelson no es más que una hoguera gigantesca que cruje de manera pavorosa.

Algo providencial: llega una bomba de incendio con tres bomberos.

— ¡Media Viña del Mar está en llamas! —dice el conductor— Somos de Concón Alto, pero allá no hay agua. Puede que aquí tengamos mejor suerte. ¿Hay agua? ¿Cómo está el grifo?

— El grifo funciona, señor.

— ¡Conecte!

— ¡A sus órdenes, mi jefe!

Y el potente chorro nos empapa a todos y hace que don Nelson caiga sentado, pero sin soltar su televisor.

El Pasaje Viana adquiere una iluminación amarilla, siniestra. La gente tira colchones y frazadas, del segundo piso. De súbito aparece, precedido por su bastón metálico, don Danilo, el pianista ciego.

— ¡Qué cosa terrible! —dice al pasar, y el tono de su voz me hace doler adentro.

— Don Danilo, ¿a dónde va? No salga a la calle Viana, que lo puede atropellar un auto —lo previene la Tomate.

Pero el príncipe de la música no le hace caso a nada, ni siquiera a las horrendas llamas amarillas que quizá no ve, pero ¡cómo caldean el aire!

La tía se lo pasa pegada a la radio. Dice que se oyen los casos más patéticos y la situación del Hospital Van Burén es horripilante. La Sección Ojos prácticamente ha desaparecido. Agrega la tía Raquelina que en el puerto hay un tal don Narciso, un librero radiotelefonista. Ha iniciado una campaña de solidaridad internacional llamada, con verso de Neruda: "¡Te declaro mi amor, Valparaíso!".

La tía apaga la radio y se toca una pierna, que se ha lastimado.

La preocupación de la tía por la suerte de Laurencio va en aumento. Más todavía cuando el cura párroco le asegura que el 90 por ciento de las casas de Limache, donde está mi primo, se halla en el suelo.

Para librarnos de tanto horror, salimos con la Tomate a dar un paseo. Ella mira el mar muy revuelto, encabritado y negro.

— Está endemoniado —me dice mientras pasamos junto a las grandes y centenarias palmas a las cuales en nada afectan los sismos.

Nos acercamos al Castillo de Wulff, el bastión del romanticismo viñamarino. Y yo le cuento a la Tomate la historia de ese edificio y le señalo el puente que termina en el más hermoso torreón de litoral alguno.

La subida al Cerro Castillo se ha clausurado tal como la entrada al Cap Ducal.

— Bajemos a esa playita y nos vamos por la Avenida Perú. ¿Te parece bien, Tomate?

Ella me dice que aunque eso le da un poco de miedo, se atreve por que va conmigo. Se afirma en mi brazo para bajar esa escalera de palo y se saca los zapatos. Así desea atravesar la plava.

!

Sus pies tienen las uñas pintadas de rojo. Y eso me perturba.

— ¿Cuándo te las pintaste?

— Ayer o anteayer, nada más. Con lo del temblor, ni siquiera sé lo que pasó ayer o lo que pasó el domingo o el jueves. Estoy desmemoriada.

Camina a mi lado con los zapatos en la mano y el pelo se le sacude un poquito con el viento.

— ¿Habías pasado por esta playita?

— No —replica—: me parece insignificante.

Sus piernas son hermosas. Ella es la belleza en su estado primitivo, y yo la descubriré poco a poco, aunque en eso demore toda la vida..

— Jómate —le digo.

— ¿Sí?

Entonces le tomo la mano. ¡Pero si está muy caliente su mano!

— Tú vales la pena, Tomate.

— No sé qué dices, palabra —y sonríe algo desconcertada.

— Si no me entiendes, no importa.

— ¿Por qué no importa?

Después de atravesar la playa subimos por la otra escalenta y llegamos a la Avenida Perú.

Nos llama la atención un japonés con sus prismáticos.

El hombre mira el mar, ennegrecido.

Apenas nos ve así, tomados de la mano, el japonés • saluda y nos hace una reverencia.

Algo parece llamarle la atención en la Tomate. Y con ios zapatos puestos, ella se ve mucho, pero mucho más alta que el japonés.

Le sonreímos. Sospechamos, eso sí, que la sonrisa suya no equivale a la nuestra, que es parte de su construcción facial o, tal vez, de su cortesía.

Nos detenemos a su lado. Parece que desea decirnos algo. Con su dedo índice japonés señala el Pacífico, y añade semisonriendo a la Tomate:

— ***Tsunami.***

Le hacemos, nosotros también, una reverencia. Aunque la Tomate cree que *Tsunami* es el nombre de una flor o de la mujer más hermosa del Japón, vo me siento en la obligación de prevenirla.

— No vamos a seguir por la Avenida Perú, Tomate.

— ¿Por qué?

— Porque el sonriente japonés anuncia un maremoto. Eso quiere decir la palabra *Isunami.*

Ella me mira con desconcierto.

— Y yo pensé que me había dicho algo tan lindo.

Caminamos, más y más ligero, siempre del brazo.

Dije, creo que me gustaba sentir su mano presionando mi brazo.

A mi prima le ha salido una espinilla en la frente.

La hago detenerse un momento.

Acerco los labios a esa espinilla y, sin saber muy bien lo que estoy haciendo, se la beso.

— ¡No seas loco! —ríe con una alegría sana de tomate y de sandía al mismo tiempo.

Entrada la noche llega la tía Raquelina con Laurencio, y proclama que Limache se halla destruido.

— Mejor —observa la Tomalito—. Era tan feo.

— ¡Niña! No tientes al cielo.

A la luz de las velas yo miro a la Tomate. Sé que la adoro.

Esa noche, en mi cuarto iluminado apenas por una velita embutida en una gran palmatoria, inicio una carta de amor a mi prima. Lo hago sentado en la cama y sobre las rodillas he colocado el volumen de *Los titanes del epistolario amoroso.* Pero no pienso copiar nada de los titanes, vejetes sensuales, leonas apolilladas. Dudo un segundo en el encabezamiento de la carta. No sé si ponerle Adorada Tomatito o Tomatito adorada. y

Oigo entonces que ella abre la puerta.

— Yo te estaba escribiendo una carta de amor —le digo, feliz con su llegadá.

Se acerca é intenta leerla, pero la luz de la vela va en agonía.

— Deja verla, por favor. ¿Sabes? Nunca nadie me ha escrito una carta de amor.

— Esta es la mejor que he hecho. Tomate.

Su cuerpo exhala olor a azucenas.

— Tengo miedo —dice y me acaricia la mano.

— ¿Pero cómo puede ser que tengas miedo si yo estoy contigo?

Ahora le acerco la mano a la cara, como si en esa luz apenas, pudiera hacer un reconocimiento de sus rasgos con mis torpes dedos.

— No quiero que tengas miedo.

Ella calla. Pero sus ojos brillan con aquella luz apenas. Ni la Tomate ni yo sabemos cuándo tiembla, si la vieja casa del Pasaje Viana ha empezado a moverse de nuevo o no.

La palmatoria cae estrepitosamente y la luz parece que ha muerto para siempre, impera una oscuridad infinita, sin orilla.

— Ahora tengo más miedo...